

LOS PARÁSITOS.

ESCENAS DE LA VIDA PRÁCTICA.

(Continuacion.)

Así supo que aquella pasión de Indalecio por la hermosa Eulalia era ya antigua; que jamás había sido alentada ni compartida por la que había logrado inspirarla, y que sólo ocho ó diez días antes había creído ver (aunque de esto no estaba muy seguro, ni se atrevía á decirlo más que á título de confianza íntima y bajo la reserva del más escrupuloso secreto) algunos síntomas de correspondencia, ó, cuando menos, de amistosa simpatía, con cuyo descubrimiento, aunque problemático, se había decidido á aventurar una declaración en forma, de sus leales y amorosos sentimientos, para cuya redacción contaba con el auxilio de la Prisca, por no tener á mano persona más perita ni más interesada con quien consultar.

Como la Señora Prisca no era mujer que una vez encargada de un negocio, desdénase ninguna circunstancia con él relacionada que pudiera de alguna manera ilustrarle, no omitió preguntar á Indalecio en qué circunstancias había visto á Eulalia en aquellos días en que sorprendió en ella, ó creyó sorprender, el favorable cambio que tan feliz le había hecho; y al oírle decir que tal fenómeno se presentó en las dos ó tres ocasiones en que, acompañando á su primo en sus correrías electorales, había visitado la casa del Sr. Romualdo, padre de la Eulalia, una como sombra oscureció el semblante de la Prisca, sin que diese á Indalecio, que seguramente no reparó en ello, explicación alguna.

—Pues mira, Indalecio—dijo la Prisca después de un rato de silencio, y cuando hubo obtenido de aquel todo el pormenor de

sus confidencias—este asunto es más delicado de lo que parece. Tú eres un hombre formal, y no vas á galantear á esa muchacha por perder el tiempo y hacérsele perder á ella. Sigue visitándola, explora su voluntad para contigo, que para todo eso tienes ocasion y licencia con la amistad que hay entre las dos familias, y no te aventuras á nada sin estar más seguro del éxito de lo que hoy estás; pero tampoco dudes de todo y desconfíes de todo, que es la peor manera de proceder en estos casos. Averigua, por Dios, si tienes algun rival..... No pongas esa cara, hombre, ni te asustes por eso, que, despues de todo, ni la chica tiene obligacion de adivinarte, ni un rival es tampoco ninguna muralla contra la que forzosamente tengas que estrellarte.

—¿Y tú no me ayudarás algo?—preguntó Indalecio.

—Sí, hombre, sí. Ya sabes que tengo confianza en aquella casa, y yo me informaré tambien y sondearé el terreno. El Señor Romualdo es duro de pelar, pero es buen hombre; y en cuanto á la Señá Lorenza, ya sé dónde le aprieta el zapato. Yo les meteré los dedos en la boca, y..... veremos. Sobre todo, no digas una palabra á tu padre.

—¿Y á mi primo?

—¿A tu primo?—preguntó en son de duda la Señora Prisca—
A tu primo tampoco, porque yo me encargo de decírselo.

—¿Tú?

—Sí, hombre, yo; ¿crees que me va á comer tu primo, y que no sé cómo cogerle las vueltas?

Esta conferencia, y los temores que hizo nacer en el leal corazon de la Señora Prisca la confesion amorosa de Indalecio, junto con los rumores que sobre la conducta electoral de Juan Antonio habian llegado á sus oidos, inspiró á aquella la resolucion de hablar al candidato. Ya hemos visto el efecto que causó en éste su peculiar elocuencia; y si la Señora Prisca hubiera sido capaz de volver sobre una resolucion suya, y de enmendarse á sí propia recogiendo las palabras pronunciadas, tal vez la veríamos dentro de pocos dias lamentándose de haber irritado inútilmente con ellas el irritable y ensoberbecido corazon del huésped de sus amos.

Pero si es dudoso que aun viendo en lo porvenir los estragos terribles causados por su conducta de aquella mañana, se deci-

diera á enmendarla, es mucho más dudoso que ateniéndose sólo al presente, como el comun de los mortales, empieza en aquella alma fuerte encerrada en una envoltura tan varonil y entera, ni aun la sombra de un remordimiento por las duras reconvenciones que le habia dirigido.

Y sin embargo (y véase cómo las almas más grandes y los corazones más duros desfallecen y se achican á veces en las mismas luchas que provocan), despues de su conferencia con Juan Antonio, muchas horas despues, si las paredes, los rincones, los muebles y utensilios familiares de la estrecha y oscura cocina hubieran hablado, podrian haber sorprendido á Duradon entero con esta portentosa, extraordinaria é inverosimil confianza:

La Señora Prisca se habia pasado todo el dia llorando.

CAPITULO XIV.

EL PACTO.

Entre los innumerables tormentos del candidato, no es el menor ni el menos doloroso el que sufre en ocasiones su amor propio sometido, siquiera sea temporalmente, á la presion de una atmósfera inferior en fuerza y en altura á la que habitualmente respira, y que, sin embargo, tiene que ponderar como vivificante y salutifera, so pena de que, considerándole sus electores indigno de respirarla, le declaren fuera de concurso, incapacitándole en el ejercicio de sus derechos.

La intriga, cuya esencia es igual en todas partes, y cuyo aprendizaje y ejercicio habia cursado Juan Antonio en los salones, en los clubs y en los círculos de la Corte con sin igual aprovechamiento, empleada y dirigida por Maquiavelos de provincia, se presentaba á sus ojos con accidentes y formas mucho más repugnantes que los que habitualmente habia visto emplear, y personalmente habia empleado; y como la corrupcion en la forma de las cosas es la última corrupcion en que caen los hombres corrompidos, Juan Antonio, que perdonaba á los políticos de Du-

radon todas sus intrigas, no acertaba á familiarizarse con su falta absoluta de formas.

La Señora Prisca no se habia engañado al aludir á sus inteligencias secretas con su adversario Palomino. La policia de que aquella celosa ama de llaves disponia sin duda, habia sorprendido dos ó tres conferencias, en distintos y apartados lugares celebrada entre el político de Madrid y el candidato provinciano. En ellas, fuerza es confesarlo, Juan Antonio apenas habia hecho otra cosa que escuchar las proposiciones de Palomino, presentadas por éste con claridad tan descarada, que casi rayaba en cinismo. Y no era ciertamente la delicadeza la cualidad capital de Juan Antonio, pero ese respeto de sí propio, último baluarte que la vanidad personal ofrece al verdadero y legítimo orgullo, le defendian contra el acometimiento positivista y grosero que dictaba las palabras y los ofrecimientos de su adversario oficial. En resumen, no era el mal en sí mismo, ni la accion en su esencia lo que le detenia para sellar el pacto secreto que aquel se proponia hacerle aceptar, era el concluirle en repugnante y directa complicitad con el mismo testigo de su falta.

No impedia, sin embargo, á Juan Antonio, este leve obstáculo levantado por orgullo, más que su conciencia apreciar las razones en que su tentador se fundaba para aconsejarle por mútua conveniencia celebrar un acuerdo, con el objeto de sumar las fuerzas conocidas y públicamente apreciadas de sus candidaturas respectivas.

—Desengáñese V., Juan Antonio—le habia dicho familiarmente Palomino (y Dios sabe si esta obligada familiaridad no era uno de los motivos más poderosos que impulsaban al periodista á la moda á no aceptar el trato de su contrincante).—Desengáñese V., ni la candidatura de V. ni la mia pueden salir triunfantes íntegramente, sin que alguno de los que entran en ella naufraguen. ¿Quién será el náufrago? El que no se procure á tiempo una barca segura en que salvarse de la borrasca. Descartemos de cada una un candidato: de la de V. D. Modesto, que tiene asegurada la eleccion; de la mia el diputado genuinamente ministerial, que el gobierno hará salir de las urnas por encima de las urnas mismas, y quedamos seis caballeros, de los cuales forzosamente han de naufragar cuatro. Su amigo de V., el Conde de

Cavia es demasiado señorito para saber nadar como el tiempo exige que se nade; mi compañero y colega en el ayuntamiento Don Leoncio Martínez de la Puerta, es demasiado viejo para aligerarse de ropa, Cortezon pesa demasiado para entregarse á estos ejercicios; en resúmen, quedamos V. y yo al frente de nuestras candidaturas respectivas, dándonos con ellas de pescozones, y aporreándonos mutuamente para apoderarnos con ellas de la susodicha tabla: ¡qué demonio! No tendría gracia que, embarazados con el peso, no supiéramos guardar la ropa, y despues de destrozarnos á empellones y mordiscos, la tabla se nos escapase de las manos, y mientras nos llegaba el agua al cuello, viéramos arribar triunfalmente á la orilla á cualquiera de nuestros amigos, que no tienen la mitad de interés que nosotros tenemos en poner la planta en terreno firme. ¿Qué debemos hacer para evitarlo? Muy sencillo; yo cuento y V. cuenta con elementos propios que, unidos á los de nuestro partido, hemos esperado hasta ahora que podian darnos el triunfo. Pero echamos mejor las cuentas; vemos que las anteriores eran demasiado galanas, nos convencemos de que la circunscripcion no puede hacer á la vez cuatro diputados independientes, y de que en esta eleccion, como en todas las dos terceras partes de los votos, y decimos: Si á nuestras fuerzas propias se suman las de nuestros amigos políticos, y á éstas se añaden las de nuestros enemigos, la cuenta es completa, y en lugar de un *déficit*, aparece un *superavit* en el balance definitivo. ¿Qué inconvenientes puede tener esto?

—Los tiene de todos géneros—respondió Juan Antonio—los electores van aprendiendo mucho, y ya no se dejan manejar tan fácilmente como V. supone.

—Yo me encargo de todo—replicaba Palomino—deme V. carta blanca, y todo se hace, y lo que es más, todo se justifica. Para uno que se escape, cincuenta caerán en la ratonera. La cuestion es el cebo: déjeme V. proponerles el cebo, y por estrecho que sea el agujero, ya habrá quien meta en él la cabeza.—Vamos, ¿es cosa hecha?

—Déjeme V. pensarlo.

—El tiempo se echa encima.

—Para estas cosas siempre hay tiempo.

—Puede no haberle; las distancias se estrechan, la cuestion de la plaza tiene muy divididos los ánimos.

—Por eso mismo es locura pretender una fusion que han de rechazar los electores.

—Al contrario, hombre, al contrario; parece imposible que sea V. de Madrid; yo creí que los madrileños eran más avisados y ladinos: la fusion es necesaria por lo mismo que los ánimos están divididos en una cuestion tan concreta.

—No lo entiendo.

—Pues es muy claro: si V. convence á sus amigos de que yo desisto de emplear mi influencia para la reforma de la plaza, y yo persuado á los míos de que V. se ha convertido en ardiente partidario de la mejora ¿qué sucederá?

—Que no nos creerán.

—¡No han de creernos! La pasion hace creer siempre lo que más le halaga.

—Harian falta pruebas.

—¿Y es difícil hallarlas?

—Además, de todo esto resultaria la derrota de Cavia.

—Y lloraria V. mucho la derrota de un señorito que descompone su influencia de V., que no sirve más que para hacer programas, que tiene la cabeza llena de viento y de tonterías, y que además no es nuestro igual, ni marcha con el siglo, ni.....

—Es mi amigo.

—No hay amigos en estos lances, no hay más que socios; y en la ocasion presente, el Conde, con todas sus ínfulas y pergaminos y papelones, es para V. el peor socio posible; demasiado lo ha conocido V. cuando le tenia recorriendo el distrito, haciendo que hacemos, mientras V. se ha quedado aquí, en la brecha, que es donde se trabajan estos asuntos.

—Pero suponiendo, y solo suponiendo, que yo aceptase, ¿qué garantías me daria V. de su lealtad?

—Bueno, bueno, eso es hablar, y veo que se pone V. en razon y va V. al fondo de las cosas, sin andarse en rodeos..... ¡Así me gustan á mí los hombres!

—¡Concluyamos! —exclamó Juan Antonio, á quien la descarada familiaridad y frio cinismo del ladino provinciano iba impacientando, á pesar suyo—concluyamos, yo pedia pruebas.

—Pero, hombre de Dios, ¡que más pruebas que mi palabra!

—No me basta.

—¿No le basta á V.? ¡Qué demonio, pues no es V. poco desconfiado!..... Lo mismo me sucedería á mí con la de V., lo mismo, exactamente lo mismo—y Palomino rompió á reir estrepitosamente, sin lograr por eso que Juan Antonio le imitara.—Ya lo creo que no debe bastarle á V. mi palabra—añadió con grosera malicia—bastante adelantáramos con palabras..... eso es bueno para los señoritos y los tontos, pruebas, pruebas..... pues allá va una gorda: ¿ha hablado V. al Sr. Romualdo?

—¿A qué Romualdo?

—Sí, hombre, sí, no se haga V. el desentendido, á Romualdo Crespo, el curtidor de San Lorenzo, padre de una buena moza con quien hablaba V. la otra tarde en compañía de su primo.

—Le he hablado, sí..... pero solo una vez, y no sé cómo.....

—¿No sabe V. cómo lo he sabido? En Duradon todo se sabe, y hasta hay malas lenguas que añaden que V. corteja á la muchacha.

—Señor mio, eso es ya mucha impertinencia.

—¡No hay que enfadarse! Siempre que sea con buen fin y por motivos políticos ¡eh!..... despues de todo, la muchacha es de perlas.

—En resumen.....

—En resumen, que V. habló con el padre, y con la madre, y con la niña..... ó no habló V. con la niña, que por eso no hemos de regañar—añadió Palomino al ver que Juan Antonio iba á interrumpirle—pero en resumidas cuentas, todos le dieron á V. calabazas, á excepcion de la.....

—¡Basta!.....

—¡Bueno! Pues tambien la niña le dió á V. calabazas. Pues ¿qué le parece á V. de una prueba que consista en que la primera vez que hable V. al santón del barrio de San Lorenzo le ofrezca á V., no solo el voto, sino su influencia? ¿Es eso prueba ó no lo es?

—El terrible Crespo ¿sería capaz de votarme?—exclamó Juan Antonio sin disimular su sorpresa.

—El mismo Crespo, sí señor, el jefe de los puritanos intransigentes, con una sola palabra mia estará á nuestro lado; es decir, á su lado de V.

—¡Mi mayor enemigo!

—Precisamente.

—¿Y qué palabra es esa?—preguntó con aire, al parecer inocente, el sobrino de D. Pelegrin, haciendo ademán de despedirse de su interlocutor.

—¡Toma! ¡toma!—le respondió éste, soltando una carcajada tan estrepitosa como la precedente—si se la digo á V., puede que, á pesar de todos sus escrúpulos, la pronuncie V. por cuenta propia; ¡aunque provinciano, no soy tan tonto! Basta con que V. no me desmienta cuando hable con él, y con que V. me autorice para hablarle en su nombre.

—¡Veremos! Si hace V. eso, ¡veremos!—respondió Juan Antonio, casi vencido por la confiada seguridad de aquel Maquiavelo de provincia.

—Juan Antonio—repuso este—no nos hagamos ilusiones. Yo le conozco á V. de toda la vida; le he visto nacer; conocí á su padre, que era todo un hombre, aunque más realista que Calomarde.

—No hablemos de mi padre—le interrumpió con notable seriedad Juan Antonio—es la única cosa en este mundo sobre la que no admito discusion.

SANTIAGO DE LINIERS.

(Se continuará.)

SIN NOMBRE.

No le tiene, digan lo que quieran los periódicos liberales, el inicuo atropello cometido por los italianísimos ante las cenizas venerandas de aquel inolvidable Pontífice que se llamó Pío IX. Está visto que la revolución no tiene entrañas; por eso si no halla á quién devorar, se devora á sí propia. Vive de carne y sangre, y ante una atmósfera espiritual, digna y levantada, se desespera y enloquece. Ha ido á caer ¡oh poder incontrastable de la lógica! en las garras del nihilismo. Es un hecho que la revolución no tiene vergüenza; así se ufana con hazañas que sonrojarian á los caribes. Es una descocada meretriz, que sólo vive del mal y para el mal. Ha perdido la noción del deber, y pedirle un acto noble, recto y digno, es como pedir cotufas al golfo. Si por traición villana sienta sus reales en la Ciudad Eterna, no hay que esperar que la infundan respeto las sagradas reliquias de los Apóstoles Pedro y Pablo, ante las cuales sintió Alarico domarse su ingénita fiereza; si un nuevo San León sale á las cercanías de Peschiera con el ramo de oliva en la mano, no penséis que, como Atila, se detenga á la vista del báculo pastoral: los bárbaros del Norte, según cuentan las crónicas, respetaron unas alhajas que cierta virgen de avanzada edad tenía consagradas á San Pedro, las cuales alhajas, por orden del mismo Alarico, fueron trasladadas al Vaticano, viendo Roma con este motivo la procesión más original que imaginaron los siglos: los bárbaros al uso, roban las alhajas de las iglesias y se ensañan valientes con los restos de un cadáver. En los soldados de Atila, de Alarico y de Ataúlfo se ven ciertas como iluminaciones que templan su hidrópica sed de sangre; en los soldados de la revolución todo es miseria y podredumbre y cieno. Aquellos salían de los hielos del Norte desalumbrados y como impelidos por secreto impulso á dar remate á una obra providencial; estos, diriase que los arroja el

infierno para que nuestras amarguras guarden cierta proporción con lo enorme de nuestros delitos. Estamos á la hora presente verdaderamente invadidos. El cuerpo social está podrido, y la carne podrida—ya lo dijo Donoso—pide á gritos un cuchillo. Fuera cobardía insigne la de consentir por más tiempo que la barbarie se enseñoree de una buena parte de la Europa. Si la Providencia divina, en sus altísimos designios, ha permitido que se encaramen en las alturas del poder los que aplauden á Mirabeau, porque dijo: «Para sembrar la revolución en Francia es necesario descatozizarla»; y á Diderot, para quien la revolución consistía en ahorcar al último Rey con las entrañas del último Sacerdote; y á Mazzini, el cual afirmaba que el gran fin de la revolución debían conocerle muy pocos, porque muy pocos podían soportar lo que se debía adular á los Reyes para perder á los Sacerdotes, y á los Sacerdotes para perder á los Reyes, logrando así, al sembrar la discordia entre las potestades eclesiástica y civil, la completa ruina del antiguo edificio social; y á Garibaldi, que escribía al comité romano: «Si el Papa tiene un ejército de curas que oren por él, la revolución posee un ejército de asesinos que hundirán sus puñales en el corazón del Papa y en el de los Curas»; si la Providencia ha consentido el triunfo de los que admiran al *hermano* Pianelli cuando exclama: «La piedad es un crimen»; y á Feuerbach, cuando se extasia viendo al mundo caminar por las vías del ateísmo y de la perversión moral; si hemos oído los rugidos de los clubs de Suiza, en los que se ha gritado: «¡Abajo Dios! ¡Viva el infierno!»; si todo esto hemos visto en los venturosos días que corren, natural es que andemos hoy día de la fecha sumidos en el caos más espantoso que registran las edades. La raza de los hombres de bien parece que ha concluído, y atropellada y maltrecha la virtud, no se ve por do quiera más que la apoteosis del escándalo. Inaudito acaban de darle pocos días ha los demagogos de Roma. Ellos, que desde el punto y hora en que, contra todo derecho divino y humano, asaltaron los Estados Pontificios, robándolos, como dice un elocuente escritor, no al Papa, no al Estado de Roma, sino al mundo católico que se los diera al Vicario de Jesucristo para garantir la libertad é independéncia que necesita en el ejercicio de su altísimo ministerio; ellos, que osaron introducir en el vasto anfiteatro la sacri-

lega piqueta para destruir el *Via-Crucis* y abatir el signo de nuestra redención, que se elevaba en medio; ellos, que tuvieron valor de llamar reptil coronado al dulcísimo Pontífice de la Inmaculada, y de invocar rayos apocalípticos para llevar la desolación y el exterminio al Vaticano, dieron rienda suelta en la noche del 12 de Julio á sus bestiales apetitos, originándose de aquí tales escenas, que podían tener como teatro las selvas de Oceanía ó los desiertos del Africa, pero que no se conciben en la civilizada Europa, y menos dentro de los muros de la Ciudad Eterna. ¡¡Los restos mortales de Pío IX profanados por una turba multa de miserables!!..... ¡¡¡Manchado infamemente con la saliva de un sectario el rostro de un Cardenal!!!..... *Ubinam gentium sumus?* ¿Quién manda en Italia, Depretis ó Bou-Amema? Fuera preferible que este último tuviera las llaves de la prisión en que gime León XIII, porque harto más repugnante que el salvajismo de los héroes de Saida es el que estilan los cultísimos sectarios de la escuela revolucionaria. Si no tratan los poderes constituidos de volver por los fueros de la libertad y de la dignidad humanas, horriblemente vulnerados á la continua; si no piensa el viejo Emperador de Alemania, que ocupa el trono de San Enrique; si la Reina de Inglaterra no medita que tuvo por antecesor en el trono á San Eduardo; si no recobra toda su antigua grandeza el Austria de San Leopoldo, y se convierte de nuevo en gonfaloniera de la Santa Sede; si las naciones cismáticas no tornan sus ojos á la hermosa luz que brilla en Roma, la Ciudad de Dios, si continúa Francia sufriendo el yugo de sus actuales tiranuelos; si Portugal y esta patria desventurada no recuerdan sus gloriosísimas tradiciones; si no cesa, en fin, esta persecución incesante á la Iglesia, preciso es que á la faz del mundo mostremos los católicos que nos vamos cansando de vivir esclavos; preciso es dar elocuente testimonio de que toda herida que á la mística Esposa de Cristo se dirige, la recibimos nosotros con honda amargura, si, pero al propio tiempo, con alegría de corazón. Hay que buscar un medio de desagaviar á la justicia ofendida en la persona de un santo anciano, para que un *Te Deum* en la hermosa basílica de San Juan de Letrán anuncie al mundo el exterminio del reinado del mal, y la perpetua restauración, acá en la tierra, de la soberanía social de Jesucristo.

En el entretanto ningún nuevo Virgilio podrá decir á Roma

Tu regere imperio populos romana memento,

ni podrán los Presidentes de las repúblicas disponer un viaje sin peligro de que los Guiteaus les regalen un par de tiros de revólver, ni salir á paseo sin que les asalte el coche un Passanante, puñal en mano. Todo lo cual enciende el ánimo en santa indignación; pero ello es que seguirá siendo el pan nuestro de cada día, si los gobiernos no se arrojan con sinceridad en brazos de la Iglesia, única que puede contener la rebeldía de las pasiones y templar los deseos de una voluntad mal ordenada. Reflexionen un poco los modernos perseguidores de la religión del Crucificado, más duros y tenaces que los Nerones, Domicianos, Trajanos, Maximinos, Decios, Dioclecianos y Julianos de la antigüedad: den por hecho que en todas partes y para siempre logran el triunfo de sus ideas, ¿qué habrán conseguido? Pues, cuando más, hacer que salten en pedazos los ejes de la sociedad, pero nunca abatir el grandioso edificio de la Iglesia de Cristo, que se levantará con su imperecedera juventud, sobreviviendo á todas las catástrofes y á todas las ruinas.

Va muy contrahecha la herejía moderna, esto es, el liberalismo, para concluir con una institución que civilizó al mundo, y que si pudiera perecer, hubiera perecido cuando Pilatos sentenció á muerte á su divino Fundador después de haber dispersado á sus discípulos; cuando la sinagoga encadenaba á Pedro y á Pablo porque predicaban á Cristo crucificado; cuando Santiago, Andrés y Bartolomé morían asesinados por predicar la buena nueva; cuando millares de cristianos eran pasto de las fieras; cuando la herejía arriana negaba al Hijo de Dios la misma naturaleza que al Padre; cuando Juliano autorizó las controversias entre cristianos y herejes, creó escuelas donde se propagaban los conocimientos gentílicos, y dió ejemplo á los modernos apóstatas, robando las alhajas que había en los templos: hubiera perecido cuando los donatistas creaban sillas, regidas legalmente por católicos, ó cuando los pelagianos negaban la virtud y sublime poderío de la gracia; hubiera perecido cuando Nestorio y Anastasio arrebatában á María el nombre de Madre de Dios; hubiera perecido ante

el embate de los monotelitas, condenados en el Concilio llamado Trullano; hubiera perecido cuando la atormentaba el ciego fanatismo de los iconoclastas, enemigos de las imágenes, que hacían quemar, mezcladas con huesos de animales, para que, revueltas las cenizas, jamás pudieran separarse; hubiera perecido cuando el cisma de Focio, *hombre que no tuvo jamás quien le igualara en el arte de la impostura y de la mentira*, arrojaba la semilla que había de producir la separación absoluta de la Iglesia de Oriente y de la de Occidente; hubiera perecido cuando los Albigenses predicaban sus errores contrarios á la doctrina de Jesucristo, atacando los Sacramentos y las ceremonias de nuestro culto, al mismo tiempo que la juventud recibía la turbia instrucción que por entonces se daba en la Sorbona de París; hubiera perecido cuando la affigían y martirizaban de un lado el estado de clero y pueblo, de otro la insolencia de los sarracenos, el cisma griego y las persecuciones de Federico II de Alemania; hubiera perecido al grito estruendoso que diera un fraile apóstata renovador de los errores de Wicleff y Juan de Hus; hubiera perecido, víctima del jansenismo, ó de los rudos ataques del filosofismo del pasado siglo; pero *non inclinabitur in sæculum sæculi*; que la espada de los Césares, y los sofismas de Juliano, y las predicaciones de Arrio, como las de Lutero, el *Augustinus* de Jansenio, y todos los asaltos, en fin, de la vanidad y de la soberbia, vendrán á estrellarse en esta roca incommovible, que viene iluminando á la humanidad al través de diez y nueve siglos, cuyo poder incontrarrestable y vida eterna garantizan estas consoladoras palabras, *Tu es Petrus, et super hanc petram edificabo Ecclesiam meam, et porte inferi non prævalebunt adversus eam*.

Tal como el corazón las ha ido dictando á la pluma van á la imprenta estas pobresideas, escritas á vuela pluma, sin método alguno y sin ningún linaje de afeites literarios. Sirvan, con todo, de protesta que hace la REVISTA DE MADRID contra el sacrilego atentado de la plebe romana, y más aun contra los inspiradores, cómplices y encubridores de tamañas villanías.

MIGUEL GARCÍA ROMERO.

SONETOS.

I.

Á NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

De imágenes impuras acosado,
Este mezquino espíritu Dios mío,
A tu ara vuela, como á fresco río
Ciervo sediento que huye fatigado.

Lazos do quiera tiéndeme el pecado,
Falaz vistiendo mágico atavío,
Los aires envenena, y fuego impio
Prende en mi corazón atribulado.

Entra en mí ¡oh Salvador! y cual radiante
Sol que ahuyenta la noche y puebla el mundo
De armonías, fragancias y colores,

Disipa con tu luz vivificante
Las sombras que me asedian del profundo:
Lléname de tu gracia y tus amores.

II.

Á LA IGLESIA.

¡Alma esposa de Cristo que adornada
De santidad inmensa resplandeces
Y las humanas sendas esclareces,
Entre el cielo y la tierra levantada!

Tú al Excelso encaminas apiadada
Del mísero mortal las tristes preces,
Sus lágrimas enjugas, y le ofreces
Manjar de vida en mesa perfumada.

En ti habita el Espíritu adorable,
Fe y Esperanza tu mirar destella,
Ríe la Caridad en tu regazo.

¡Dame gracia y esfuerzo incontrastable
Para seguir impávido tu huella,
Y á Dios unirne con eterno lazo!

III.

LA TENTACIÓN.

¡Que hasta las gradas de tu altar, Dios mío,
Me han de seguir los sueños de esta vida,
Nublando mi razón desvanecida,
Robando su vigor á mi albedrío!

Impura lava en desbordado río
Por mis venas circula embravecida,
Del corazón insano despedida
Como del fondo de volcán sombrío;

Y el maléfico espíritu me brinda,
En múltiple ilusión de rosa y oro,
Pompas aéreas y livianos goces:

¡Ay! ¿dejarás, Señor, que el alma rinda
A otro dueño que á ti, cuando te adoro,
Tú que mi angustia sin igual conoces?

EL AMOR.

APUNTES PARA UN LIBRO.

Remittuntur ei peccata multa,
 quoniam dilexit multum.
*Perdonados le son sus muchos
 pecados, porque amó mucho.*
 Ev. de S. Lucas, VII, 47.

I.

¿QUÉ ES AMOR?

Hallo en el diccionario de la lengua una definición de esa palabra, que en parte me satisface, y en parte no. Héla aquí:

«Inclinación irresistible del alma hacia lo bueno, lo bello y lo verdadero, considerados en su esencia más pura.

Eso es exacto en un solo caso: en el del amor á Dios; pero en los demás amores que puede concebir el corazón humano—algunos de los cuales son grandes y puros, y hasta santos—no es siempre la bondad, ni la belleza, ni la verdad lo que enciende la llama en el pecho; y las más de las veces se hace superior el amor á miserias, deformidades y mentiras.

El amor, sin embargo, es un principio divino, fuente y origen de todo bien; es al orden moral lo que el sol al orden material: todo lo ilumina, todo lo colora, todo lo vivifica; pero con esta diferencia: así como el calor del sol acaba por abrasar y marchitar las plantas, las flores y los frutos; el amor prolonga indefinidamente la vida del corazón, y lo lleva, lleno de savia y lozanía, á la eternidad, cuando acaba esta vida precedera.

El amor es el *quid divinum* con que Dios quiso ligar entre sí las diferentes partes de la creación, y cada una de ellas, y el conjunto de todas, consigo mismo.

En la ley de la armonía universal: la vida de la materia, la esencia del espíritu; el gran regulador de todo lo que se verifica debajo del sol; el orden, acompañado de la felicidad; la única cosa en que, con permiso de Salomón, puede el hombre no hallar vanidad y aflicción de espíritu, sino verdadera grandeza, goces reales y esperanzas que no fallan.

Hablo, como es claro, del amor bien ordenado: de los amores que Dios bendice, y de que en ningún tiempo tiene que avergonzarse el hombre.

El amor es el aliento de Dios: Dios mismo.

El principio y el fin de la creación es el amor; porque por amor y para amar fuimos criados. Dios es principio y fin, el alfa y la omega (1) de toda cosa buena: luego Dios es amor.

Y hé aquí, conforme con esto mismo, toda la ley de Dios compendiada en estos dos mandamientos:

«Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y de todo tu entendimiento.

Amarás á tu prójimo como á ti mismo.»

Cúmplase por todos esa ley divina, y el mundo será una imagen del cielo.

¿Qué fuera la vida en este mundo sin amor? Noche oscura poblada de dementes con el corazón vacío; cúmulo de miserias sin compensación; prolongada agonía sin esperanza..... Un infierno anticipado.

Pero como el sol, derramando sus dorados rayos en torno suyo, á todas partes lleva la vida, la alegría, la fecundidad y la fuerza; el amor, alentando las almas, las comunica luz, calor, actividad y pujanza, para que se eleven á su divino origen, en vez de encorvarse desfallecidas hacia el suelo.

Amar á Dios, y á las demás cosas por Dios, y según la ordenación de Dios, es animarse el alma de un sentimiento divino que atrae al corazón toda la pureza, toda la belleza que emana de Dios: es la unión del espíritu humano á la Divinidad.

(1) Isaías, Profeta.

Y el espíritu en Dios, es el espíritu en los cielos.

Pero Dios crió al hombre con dos amores (1): el amor á Dios y el amor á sí mismo; sujetándolos á esta ley: que el amor de Dios fuera infinito, es decir, sin otro fin que Dios, que es eterno; y que el amor á sí mismo fuera finito y encaminado á Dios.

El hombre, en el estado de la inocencia, no solo se amaba sin pecar, sino que no podía dejar de amarse, sin pecado.

Mas habiendo perdido la gracia original por la transgresión del precepto divino, perdió el hombre el primero de sus amores; y quedando solo el amor á sí mismo en una grande alma hecha capaz de un amor infinito, el amor propio se extendió y se desbordó en el vacío que dejara el amor á Dios; y, por consiguiente, el hombre á quien la gracia no asiste, se ama solo á sí mismo, y á las demás cosas con relación á sí mismo. Es decir, se ama infinitamente.

Tal es el origen del amor propio, corrupción del amor; y de él nacen el amor impuro, y todas las corrupciones de los sentidos, puestas en el corazón como ídolos, en el lugar que Dios había fabricado para tabernáculo suyo.

Desde entonces ya no tienen los sentimientos del corazón humano á Dios por único fin, sino la sed de placeres, la vanidad, y un mentido lenitivo para el tedio y la aflicción de espíritu; y sus amores se convierten en pasiones tan bajas y groseras, que sería imposible descubrir en ellas ni una reminiscencia lejana de su divino origen.

Luzbel perdió su belleza angélica al caer del cielo al infierno. El amor perdió su hermosura deífica al caer del Criador á la criatura.

Para reparar esa pérdida tan inmensa, Dios, que aún nos ama, porque su naturaleza es el amor, ha querido darnos un guía seguro para encauzar nuestros sentimientos hacia su único fin verdadero, y ese guía es la ley de la caridad.

Digamos, pues, dos palabras sobre la caridad, y luego consideremos algunas clases de amor, tales como las vemos, las tocamos y las sentimos.

(1) Pascal.

II.

LA CARIDAD.

No es la caridad cosa distinta del amor, sino el amor mismo despojado de impurezas, y se funda en la ley del amor:

«Amarás al Señor tu Dios, sobre todas las cosas, y al prójimo como á ti mismo.»

Pero no en vano, dijo Jesús á sus discípulos en la cena: «Un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos á los otros, *así como yo os he amado*, para que vosotros os améis también los unos á los otros».

Antigua era la ley de caridad, tan antigua como el decálogo; más aún: tanto como la naturaleza creada; pero en la esencia y en el objeto introdujo Jesucristo una verdadera novedad para el mundo: la manera de amarnos los unos á los otros no ha de ser así como se quiera, sino *como nos amó el Señor*, hasta el punto de dar su vida por nosotros. Y esa suerte de caridad la consagró como señal distintiva del cristiano, añadiendo: «En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis caridad entre vosotros.

Lo repito: la caridad es tan antigua como la naturaleza misma. Nació con el hombre, grabada en su corazón por la mano de Dios.

El hombre se separó de su Criador, le desconoció, y llegó hasta adorar ídolos ridículos, y hasta rendir culto á pasiones inmundas; pero en su corazón perseveró algo del sentimiento de la caridad; porque el alma pudo perder la inocencia y vivir sin la gracia; mas nunca pierde su origen divino, y quedan siempre en ella las reminiscencias de las virtudes.

Y así dijo Jesucristo:

«¿No aman también los publicanos á los que les aman? ¿No abrazan los gentiles á sus hermanos?»

Mas el divino Maestro quiere que sus discípulos sean perfectos; y como, según San Pablo, la caridad es el vínculo de perfec-

ción, nos encarga que tengamos caridad los unos con los otros, no solo amando á los que nos aman, y devolviendo bien por bien, como los publicanos y gentiles, sino de esta manera: «Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian».

Y ese es el precio que Dios ha puesto á la gloria eterna. No dijo que daría su reino á los mártires ni á los anacoretas, sino á los que ejercen la caridad.

«Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo; porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era peregrino, y me hospedasteis; estaba desnudo, y me vestisteis; en la cárcel, y me visitasteis.» «En verdad os digo, que en cuanto estas cosas hicisteis con uno de esos mis hermanos pequeñitos, conmigo lo hicisteis.»

Sí; para los caritativos se hizo el reino de los cielos; porque siendo ese reino obra magnífica de un Dios todo amor, solo por la puerta del amor se puede penetrar en él.

Grande es el mérito de los que derraman su sangre ó mortifican su cuerpo en testimonio de su fe; mas «si yo hablase lenguas de hombres y de ángeles, y no tuviese caridad, soy cosa vana, como el sonido del metal que tañe; si tuviere el don de profecía y la ciencia de los misterios y de todo lo escondido, y si tuviese tanta fe que traspasase los montes, y no tuviese caridad, nada soy; nada me aprovecha (1).

Figurémonos un pueblo, una nación donde reina la caridad en todo su esplendor, donde los hombres se amen los unos á los otros como Dios nos ama, con toda verdad, con todo interés, con toda abnegación, ¿puede darse en la tierra una cosa más semejante al cielo?

Porque es de saber que «la caridad (2) es paciente, es benigna, no es envidiosa, no obra precipitadamente, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus provechos, no se mueve á ira, no piensa mal; no se goza en la iniquidad, mas se goza en

(1) San Pablo.

(2) San Pablo.

la verdad; todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.»

Posible es que algún corazón pusilánime se espante al considerar la grandeza de esa virtud, que es de absoluta necesidad para alcanzar la eterna bienaventuranza; por ventura llegue á creerla imposible, dada la miseria y pequeñez del hombre; mas un eminente pensador de nuestros tiempos (1) dejó escritas para sus hijos, entre otras, estas reglas, que él mismo observó durante su vida, y no son sino la reducción á la práctica de los caracteres distintivos de la caridad enumerados en el Libro Santo:

«Yo no quiero para mis hijos grandes riquezas..... Deseo, sin embargo, que tengan un corazón bondadoso, y eso que con tal corazón se recibe del cielo una rica herencia de dolores.

El que lo tiene da, cuando niño, su pedazo de pan al pobre, y gime si se castiga á alguno de sus hermanos. Después se acostumbra á mirarlos en todos. Si ve á un vicioso dice: Este pobre no es más que un desgraciado: tuvo mala educación.—Si á un criminal: ¡Infeliz! Acaso una pasión, no sofocada al nacer, le enseñoreó y le cegó: compadecedle.—Habla con humildad á todos, porque en todos, siquiera sean algunos despreciables, respeta la dignidad humana. Si alguien le considera superior, procura rebajarse un poco para caminar á su igual. Sufre por los demás; se avergüenza de su vergüenza; el espectáculo más triste á sus ojos es un hombre desgraciado; y aunque él lo sea, no le empece la ajena felicidad; le veréis siempre al lado de los caídos; y si es cortesano, lo es solo de un augusto personaje: del infortunio. Sufre si ha de reprender á alguno, y no le ofende, porque ama. Si comprende que ofendió, no sosiega un punto hasta que pague su deuda pidiendo perdón: lo pide mejor cuando es más pobre ó más humilde el ofendido. Se avergonzaría, como de una gran falta, si ostentase lujo delante de un menesteroso; le parecería casi delito negar á alguno lo que puede concederle, y fácilmente se resignaría á la pobreza con tal que otros vistiesen de su desnudez. Si ama, desea sobre todo el bien del objeto amado; borraría sus defectos con la sangre de sus venas; y, en su caso, el sentimiento

(1) Aparisi y Guijarro.

de ser burlado, desaparecería ante el sentimiento de que la mujer amada no era digna de su cariño. Si no puede corresponder, siente ser amado: le reputa como una desgracia; y si ofendió á una mujer, amada ó no, todo lo hará á trueque de borrar la ofensa: prefiere que pueda decir: «Yo la humillé», á que se duela pensando: «Yo he sido humillada.»

«Esto es tener buen corazón: esto es nacer mártir al mundo.»

La caridad, como es amor, tiene por enemigo capital el amor propio: al egoísmo: al *Yo satánico*, como decía el Marqués de Valdegamas; y además tiene por enemigos especiales el odio y la sed de venganza.

El propio interés, la soberbia que nos inspira el deseo de sobreponernos á los demás, y nos persuade de que les somos superiores, y engendra en nuestro corazón el vilísimo sentimiento de la envidia, es causa de que nos privemos de hacer obras buenas, y de que cometamos muchas malas.

El amor á sí mismo, aplicado á las cosas de aquí abajo, y á las relaciones del hombre con el hombre..... ¡qué calamidad! ¡qué funesta corrupción del espíritu humano, tan noble en su origen!.....

Pero ¡el odio, la sed de venganza!..... ¡qué locura!

Aborrezco de muerte. Mato á mi enemigo. ¿Y qué? ¿Es ese el placer de los dioses?..... Pues yo contemplo el cadáver: está yerto y frío: no ve: no sabe que soy su triunfador..... ¿En qué gozarme, pues? Si la venganza fuera efectivamente un placer, algo, y mucho..... todo faltaría á ese placer un momento después de conseguido. ¡Liviano placer el que solo dura un instante! No es digno de mi alma, que tiende hacia lo infinito, hacia lo que nunca fenece.

¿Y después? Oigo los lamentos de la viuda, veo la desnudez y hambre de los huérfanos; contemplo la desesperación de toda una familia inocente..... ¡Y esa es mi obra!..... Mi conciencia se levanta indignada contra mí..... Dios me mira irritado..... la sociedad me maldice..... ¿Es ese el placer de los dioses?

¿Qué venganza más digna de un corazón noble que de devolver bien por mal?

Los que han tenido ocasión de vengarse de esa suerte, saben qué placer tan dulce se experimenta: el placer de haber triunfado

uno del que le ofendió y de sí mismo. No es ese el placer de dioses impostores, pero sí el placer del verdadero Dios, quien cada día, á cada instante nos está perdonando, y correspondiendo con beneficios á nuestras ingratitudes; quien «hace nacer su sol sobre buenos y malos, y envía su lluvia sobre justos y pecadores».

Y hé aquí que Dios quiere perdonarnos nuestras deudas, de la misma manera que nosotros perdonamos á nuestros deudores: ó, lo que es lo mismo, no perdonará el Señor al que no perdona á su prójimo.

Y perdonar es, no sólo olvidar el agravio, sino amar. Perdón sin amor es una mentira inventada por la soberbia, con la cual pretendemos engañarnos á nosotros mismos, cosa fácil; y engañar á Dios, cosa imposible.

El amor de Dios es el lazo que nos une al Criador: la caridad el lazo que nos une á todos los hombres.

El primero, es el Cielo; la segunda, el único camino que conduce al Cielo.

(Se continuará.)

JUAN A. ALMELA.

CRÓNICA POLÍTICA

DEL INTERIOR Y DEL EXTRANJERO

Parece que ha llegado el momento histórico, como ahora se dice, de que empecemos á ser personas razonables, y rompamos definitivamente con toda esa larga serie de locuras, con que hemos escandalizado al mundo en el transcurso de tantos siglos. Justo es que comencemos ya á dar muestras de cordura, y hagamos ver á la civilización moderna que España no ha de ser siempre una casa de Orates. Volvamos, en fin, resueltamente la espalda á nuestra historia, y entreguémonos en brazos de la sensatez mercantil, de que por el progreso natural de las cosas nos hallamos poseídos.

Sin pasar de los hechos más culminantes que nos hacen vivir en la memoria de las gentes, nos encontramos con que hemos sido el pueblo más insensato del mundo, y que á dos menos tres hemos tirado la casa por la ventana, echando el resto siempre que la ocasión se nos ha venido á las manos. Por muy glorioso que sea el recuerdo de la inmortal Sagunto, es evidente que han pasado ya los tiempos heroicos, y sería imposible en nuestros días de sistema métrico-decimal, que Roma nos metiera en un lance semejante, para dejarnos colgados del árbol imperecedero de nuestro heroísmo.

Vaya V. á buscar ahora entre nuestros héroes un insensato semejante á Viriato, que se meta en la loca aventura de vengar la perfidia del alevoso Galva. La calaverada de Numancia sólo puede hacerse en aquellos tiempos bárbaros en que el amor de la patria era una especie de tráfico en que los héroes solían vender muy caras sus vidas. A la luz de nuestra razón sensata, Pelayo no es más que un aventurero, loco de atar, que sin más recursos que un puñado de hombres se determina á emprender la reconquista de España, invadida por los sarracenos, abriendo, como quien no quiere la cosa, aquella lucha de siete siglos que acabó al fin con la dominación agarena.

Por mucho que todavía nos inclinemos ante el recuerdo de Isabel la Católica, convengamos en que hoy día de la fecha la tendríamos por una mujer con la cabeza decididamente á las once; y en cuanto á Colón, nos hubiéramos reído en sus barbas de la insensatez de pensar en descubrir un nuevo mundo. A Carlos V lo hubiéramos encerrado en una jaula de locos, porque sólo al demonio le ocurre la idea de disputarle al mundo el dominio del mundo; y por lo que hace á Felipe II, aun no le hemos perdonado la falta de seso con que cerró las puertas de España á los horrores de las guerras religiosas, por la monomanía de mantener en sus dominios la integridad de la fe católica y la unidad del reino. Doble locura religiosa y política, que aplazó hasta nuestro siglo la invasión de la impiedad moderna.

A Daoiz y á Velarde no se les puede mirar cara á cara sin experimentar la compasión que inspira la completa falta de juicio, pues atreverse á luchar con la misma victoria, encadenada al carro triunfador del Capitán del siglo, es un género de demencia de que difícilmente se encontrará ejemplo en los manicomios mejor surtidos. Y como un loco hace ciento, bastaron dos para que España entera perdiera hasta la última sombra de sensatez, y locura va, locura viene, pusiera á Napoleón I, como vulgarmente se dice, de patitas en la calle.

Basta, pues, de empresas descabelladas; entremos en razón, y no nos metamos en más política de aventuras: sepa el mundo que hemos sentado la cabeza. Cabalmente los sucesos de Orán nos han venido como anillo al dedo, para hacer constar que la España de nuestros días no tiene nada que ver con la España de nuestros padres. La ocasión no puede ser más propicia, y diciéndose está que no hemos de desperdiciarla. Prudencia, pues, y templanza; la fortaleza y la justicia son dos virtudes peligrosas; y si hemos de dar señales de juicio, claro está que hay que huir de toda locura. Conviene tener amigos hasta en el infierno, y Gambetta puede servirnos para extender nuestras relaciones por esos mundos. *Socorros, compensaciones, indemnización..... ¿qué más da? ¿Hemos de meternos en meras cuestiones de palabras? Por lo que se refiere á una satisfacción, la república francesa puede exclamar con justo motivo: «¡Satisfacciones! Para mí las quisiera.»* Y ese es, en resumen, el contenido de la suspirada nota de Saint-Hilaire que ya ha llegado, los diarios del Ministerio la anuncian y nada tenemos que pedir, puesto que todo se nos niega; eso sí, con muy especiosa cortesía.

Dentro de nuestra casa nos podemos entregar á todo linaje de desatinos, y correr toda clase de aventuras. Podemos liarnos la manta á la cabeza, y echarnos el alma á la espalda, y motín aquí, pronunciamiento más allá, andar á tiros á cada triquitraque por esas calles de Dios. Podemos cambiar de Código fundamental con la misma frescura que cualquiera se muda de camisa, tirar por la ventana hoy un trono y mañana otro, colgar, en fin, la Constitución, y hacer de todo mangas y capirotos. Pero eso es dentro de casa, aquí entre nosotros. Fuera es preciso el mayor comedimiento, la más escrupulosa compostura; nada de calaveradas, nada de aventuras, porque, si no, ¡qué dirían los vecinos!

Y aun dentro de nuestra propia casa y entre la familia se advierten síntomas de juicio; nuestras propias locuras comienzan á tomar cierto aspecto de sensatez, parece como que el desorden entra en orden. Continuaremos siendo locos, pero locos sensatos, locos formales; seguiremos el mismo camino, pero por sus pasos contados. Véase, si no, el movimiento de concentración democrática que se nota en el curso de la vida pública. No será fácil que los jefes en lo que atañe á la importancia de sus respectivas personalidades se entiendan; mas así y todo, pueden llegar á un acuerdo que los ponga en condiciones viables, y no es sorprendente que se hable de la próxima aparición de un periódico democrático dinástico, es decir, monárquico republicano.

Las intransigencias del lenguaje hacen aparecer absurda la concordancia que determina el valor de esa nueva bandera, y consiste en que el Diccionario, que al parecer todo lo sabe, no está en los secretos de la política, y continúa llamando al pan, pan, y al vino, vino. La democracia es un partido político que se halla dirigido y manejado por hombres al fin de carne y hueso, que en nada absolutamente se diferencian del resto de los mortales, y que por lo tanto han de participar de las mismas necesidades, de las mismas flaquezas, y de las mismas ambiciones de que está plagada la especie humana. La república no es cosa que ha dejado entre nosotros agradables recuerdos; y aunque

todo se andará, porque el camino está hecho, hoy por hoy no se viene á la mano.

La vida es corta, y además es cara: la época ¿por qué ocultarlo? es positiva, práctica y sensual; no hay más poesía que la de los sentidos. Puestos en la necesidad de vivir, es urgente vivir bien, es decir, habitar una buena casa, sentarse á una mesa suculenta y espléndida, tener por lo menos un coche que lo levante á uno, aunque no sea más que dos palmos sobre el lodo de las calles. Se renuncia difícilmente á los honores del mando y á la influencia del poder. Una banda, una gran cruz, un uniforme bordado serán siempre galas vistosas. No todo ha de ser virtudes, cada cual tiene sus vicios, y los vicios cuestan un ojo de la cara y los dos del alma. Si el movimiento civilizador, que ha emancipado al hombre de todo dominio, nos ha proclamado sôberanos, ¿por qué hemos de renunciar á tener cada uno nuestra corte? Libertad, sí, señor, ¡qué duda tiene! Pero vamos á cuentas: ¿es tan agradable la oficiosidad de una buena servidumbre!..... A nadie le gusta enterrarse vivo.

Todos estos datos humanos hay que tenerlos en cuenta para apreciar los fenómenos de la vida pública, porque vienen á ser su verdadera sustancia. Además, los *ideales* (como ahora ridículamente se dice) de la democracia no se exponen en realidad á ningún peligro. Una forma puramente externa y especialmente interina, que facilita la marcha triunfal de los ideales definitivos, no es ciertamente un obstáculo que sea preciso atropellar, y hemos convenido en ser formales, juiciosos; en una palabra, pacíficos. Mientras la legalidad nos favorezca y nos ayude, ¿no sería una locura dejar de ser legales?

Hay espíritus sombríos que se obstinan en no ver la salida natural de las cosas, una vez puestas en el terreno movedido en que se hallan, y es que no acaban de comprender que el mundo marcha, y que es mucho más fácil continuar bajando, que subir de nuevo. Todas las cosas tienen su orden, y es tal la fuerza de esta ley, que se cumple hasta en el desorden mismo.

Cánovas alimentó á los constitucionales, los atrajo al redil de la legalidad, les dió, políticamente hablando, la sangre de su sangre, y no vaciló en declararlos sus herederos, contando, probablemente, con la eternidad de su vida en los consejos de la Corona. Pero los huérfanos de Alcolea se hicieron hombres (tal vida se dieron en continuos banquetes), y de la noche á la mañana se le subieron á las barbas al generoso testamentario, y le expidieron en el acto la partida de defunción, é inmediatamente se hicieron las particiones.

Creo que esta es la historia política de los días que atravesamos, ó que nos atraviesan, síntoma, anuncio y testimonio de los días que han de sucederse en el orden invariable del tiempo; porque la historia se repite con suma frecuencia. Sagasta ha aprendido al pie de la letra la lección de Cánovas, y alimenta con paternal desvelo á los partidos democráticos; y, políticamente hablando, les da á su vez la sangre de su sangre. Todavía no los ha declarado oficialmente sus herederos, pero la ley tiene previsto el caso, y declara previamente herederos *per se* á los parientes más cercanos. Para el usufructuario, no debe ser título á perpetuidad, la mayoría que vamos á tener en las futuras Cortes, porque Cánovas la tenía de clavo pasado en las Cortes últimamente enterradas, y no le valió la Bula de Meco.

Quiero decir, que se vislumbra en las oscuridades del momento cierto rayo de luz, que ha de producir una gran transformación en el movimiento giratorio del sistema; pues siendo el eje de la rotación política el turno pacífico, una vez colocada la democracia neta en la penumbra de la legalidad, se pone naturalmente en condiciones de ser llamada á su vez á los consejos de la Corona; y en tal caso, lo que lla-

mamos turno pacífico se convierte en sucesión, también pacífica. Así las cosas, yo, por mi parte, no he de admirarme, si al Ministerio Sagasta-Alvareda sucede el Ministerio Ruiz Zorrilla-Martos; realmente viene á ser lo mismo.

Hé ahí todo lo que la política trascendental nos ofrece en la segunda quincena del mes de Julio, y que entrego al brazo secular de los curiosos, observadores y desocupados.

Con profunda repugnancia vuelvo hoy los ojos hacia los sucesos exteriores, porque me veo en la obligación de registrar el hecho más escandaloso y más impío que se registra en los tristísimos anales de los tiempos presentes. El teatro de tan horrible profanación ha sido la Ciudad Eterna, la Roma de los Césares, la Roma de los Pontífices, la dueña del mundo primero, como elegida para ser después la Reina del orbe católico; la Ciudad Santa, levantada sobre las ruinas del paganismo, después de ser regada con la sangre de los Mártires, la Ciudad que ha iluminado el mundo con los esplendores de la Cruz, llevando á las más apartadas selvas de la tierra la dulcísima claridad del Evangelio y la gloriosa civilización de la Fe, de la Esperanza y de la Caridad.

La víctima del sacrilego ultraje ha sido el augusto cadáver del gran Pío IX; la ocasión, al ser trasladado desde su sepultura del Vaticano al modesto sepulcro de la basílica de San Lorenzo; los ejecutores del sacrilegio, la turba lanzada como trahilla de perros desde las tenebrosas cavernas de la masonería italiana; los testigos, las autoridades indiferentes, y la fuerza pública, impasible; y el espectador, el pueblo romano, apaleado, apedreado y escupido por querer cubrir con su cuerpo los restos mortales del que ha sido sobre la tierra Vicario de Jesucristo.

Este hecho, dos veces salvaje, se ha consumado como la cosa más natural del mundo, bajo el reinado de Humberto, hijo de Víctor Manuel, Rey de Italia. Los ahullidos de esos hotentotes de la civilización eran «¡Viva Italia!» «¡Viva Humberto II!» «¡Muera el Papa!» «¡Muera Pío IX!» «¡Al río Pío IX!» «¡Muera León XIII!» Los detalles de esta profanación tan ignominiosa para el pueblo italiano, se encuentran verídicamente narrados en los periódicos católicos, porque los otros, por vergüenza, por espontánea complicidad ó por consigna, atenúan, disfrazan, excusan ó cubren con el velo del silencio la enormidad del triste suceso.

El ánimo retrocede espantado ante la brutalidad del sacrilegio, y por esa cruel complacencia que suelen tener los recuerdos, se levanta en la memoria otro hecho, tal vez menos brutal, pero no menos ignominioso: Madrid, como todos los pueblos del orbe católico, celebró en su día con iluminaciones y colgaduras el vigésimoquinto aniversario de la exaltación de Pío IX al Pontificado; y en aquella noche en que los opulentos palacios, lo mismo que las humildes casas, aparecieron engalanados é iluminadas en piadoso homenaje al Padre común de todos los fieles, turbas de gente perdida, concitadas al efecto, recorrieron las calles, apedrearon casas y palacios, treparon á los balcones, rasgaron colgaduras y rompieron á sus anchas faroles y cristales, á ciencia y paciencia del Gobierno, en las barbas de las autoridades, y ante los agentes de orden público, modestamente cruzados de brazos. Ministro, como ahora, era entonces Sagasta, y por el voto de 95 diputados era Rey de España D. Amadeo, también hijo de Víctor Manuel. Muy poco después, el Rey electivo tuvo que volverse á su patria. ¡Qué triste destino es el de la casa de Saboya! ¡Hay casas de muy tristes destinos!

Nada debemos esperar de las actuales potestades de la tierra contra ese acto mil veces abominable, y que descubre de cuerpo entero el sal-

vajismo que nos invade y la especie de bochornosa presión á que vive condenada la Cabeza visible de la Iglesia Católica, el augusto sucesor de San Pedro, el representante de Dios entre los hombres. La política pilatesca de nuestros días continuará crucificando á Jesús, y dando suelta á Barrabás. Se lavarà las manos en el agua cenagosa de la revolución, y dirà, como siempre, que la piadosa ceremonia era una manifestación política, y los ahullidos de la canalla asalariada la explosión del sentimiento popular. ¿Qué les importa á los Gobiernos de Europa que el Vicario de Jesucristo sea el prisionero del Rey Humberto? ¡Ah, si se tratara de Garibaldi sería otra cosa!

Però la protesta enérgica y unánime del mundo católico se levanta por todas partes contra la iniquidad cometida por los nuevos vándalos. No es menester ser católicos para indignarse y enojecerse de vergüenza: basta ser hombres, porque resultan ferozmente ultrajadas la razón, el derecho, la justicia y hasta la misma santidad de la muerte. Protestemos todos, y unamos una vez más nuestras voces, y confundámonos en el mismo sentimiento de indignación. El silencio es la complicidad. Clamemos, aunque sea ante el desierto de estos poderes públicos, fanáticos del error, ciegos á la experiencia que tanto enseña, y sordos á la razón que tanto proclaman. Ellos pasarán fugitivos, sin dejar más rastro que el de sus desdichas: la impiedad que patrocinan es ya hoy su castigo, y mañana será su verdugo.

La Carta Pastoral del Emmo. Cardenal Arzobispo de Toledo debe servirnos de guía y de modelo; lo que tan elocuente documento dice, eso decimos; lo que en él se siente, eso sentimos; lo que en él se desea, eso deseamos. Su voz es la voz de la España católica; esto es, de toda España. Inútilmente el Gobierno italiano, usurpador del poder temporal del Papa, reclamará de nuestro Gobierno nuevos atropellos contra la Iglesia; en vano el Ministerio Sagasta se inclinará ante el hermano de D. Amadeo; España protestará con igual energía contra aquel hecho salvaje, vergüenza del mundo, y contra estas debilidades. La cuestión es netamente religiosa: el Jefe del orbe católico, despojado de su poder temporal, se encuentra prisionero en Roma; no hay Príncipe, no hay Estado que tenga derecho á encarcelar al Jefe de doscientos millones de hombres, entregándolo diariamente á los ultrajes de la hez revolucionaria, que no sabe, no quiere ó no puede reprimir.

Es completamente ocioso, y resueltamente pilatesco, que nuestro Gobierno intente separar dos puntos que son uno mismo en este caso: la Religión y la política. Esperemos á saber qué hace Sagasta con la nota del Cardenal Jacobini y con la Pastoral del Cardenal Moreno, aunque temamos alguna trastada.

A la república francesa, que tan inícuamente expulsó de su territorio á las comunidades religiosas, no le ha de ser tan fácil expulsar de la Argelia la insurrección árabe, que la tiene con el agua al cuello, como vulgarmente se dice; ni le ha de ser fácil tampoco conjurar las complicaciones que pueden sobrevenir. Las potencias de Europa, guiñándose los ojos unas á otras, la dejan meterse en el atolladero en que se encuentra. Miden á palmos la desorganización manifiesta de su ejército, la incapacidad de su Gobierno, y la torpeza de sus altos funcionarios. El partido militar alemán se ríe á carcajadas de los ejércitos de Gambetta ante Bou-Amema, lo mismo que ante Sfax; las deserciones aumentan considerablemente en el ejército tunecino, la estación es adversa á los soldados franceses, y el clima fatal. Su torpeza, su indiferencia ó su miedo en Saida han ocasionado la dispersión de la colonia española que enriquecía con su trabajo aquel territorio, y que al abandonarlo lo arruina. La república, pues, se ha metido en un callejón de difícil salida: tiene delante á Africa insurreccionada, y detrás á Europa, que la

vigila y la espía. Napoleón III le hizo perder á Francia la Alsacia y la Lorena, puede muy bien suceder que Gambetta le haga perder la Argelia.

Una alianza con Rusia no es probable, ni posible siquiera, porque si no son de todo punto cordiales las relaciones entre el pueblo ruso y el pueblo alemán, el imperio moscovita no se halla hoy en situación de hacer frente á las eventualidades de un rompimiento. Además, Alemania contaría siempre con Austria, con Turquía, con quien está visto que no puede Grecia, y probablemente con Italia. Inglaterra, atenta sobre todo á sus particulares intereses, se tentaría la ropa antes de decidirse en favor de Francia. La república, pues, se encuentra reducida á las fuerzas que puede sacar de la anarquía en que vive, pues la impremeditada ocupación de Túnez ha acabado de aislarla, y se encuentra sola en Europa.

Debemos, no obstante, confesar que no desmaya en sus bríos, pues en medio de las oscuridades que la cercan, discute muy frescamente en el Parlamento *la prostitución de las mujeres no reglamentadas*; y han sido tan escandalosamente inmorales los términos del debate, que Monseñor Freppel tuvo que protestar contra tanta impudencia. Esa república heredera de la corrupción del imperio está moralmente perdida, políticamente sola, y militarmente degenerada.

Ella será la primera víctima del desastre, si llega á estallar la conflagración continental que hace años amenaza á Europa, y que los delirios de la Francia revolucionaria están provocando. Hé ahí al culpable buscando él mismo su castigo.

J. SELGAS.

MISCELÁNEA.

El Episcopado español ha dejado oír su voz siempre autorizada con ocasión de los escándalos habidos en Roma al trasladarse los restos del inmortal Pío IX. El Emmo. Cardenal Moreno, apenas tuvo conocimiento de lo sucedido, envió el siguiente telégrama:

«*Roma.*—Madrid 17 de Julio de 1881.—Emmo. y Rmo. Sr. Cardenal Jacobini, Secretario de Estado de Su Santidad.—Poseído de santa indignación al saber los bárbaros y sacrílegos atentados cometidos al verificarse la traslación del sagrado cadáver del inmortal Pío IX, me apresuro á manifestar á Su Santidad, por el respetable conducto de V. Ema., mis dolorosos y filiales sentimientos, protestando en mi nombre, en el de mi Clero y de los católicos de mi diócesis, contra esos tan inauditos escándalos, que demuestran una vez más el estado de completa indefensión en que en Roma se encuentra el Supremo Pontificado, y de la urgente necesidad de que los católicos de todos los países trabajen con ahinco para sacarlo del vergonzoso cautiverio en que vive, y devolverle su libertad é independencia.—*El Cardenal Moreno.*»

El Emmo. Sr. Cardenal Benavides también protestó en estos términos:

«*Madrid 18 de Julio de 1881.*—Emmo. Sr. Cardenal Jacobini.—El Cardenal Benavides, Arzobispo de Zaragoza, por sí y en nombre del Clero y fieles de su diócesis, profundamente conmovido al saber los sacrílegos é inauditos atentados cometidos contra las santas cenizas del inmortal Pontífice Pío IX, protesta con voz alta y sentida, lastimado en lo más vivo de su fe, y herido en lo más tierno y dulce de su gratitud filial, pidiendo al cielo justicia, y rinde ante el gran León XIII el testimonio de su amor y sus devotos suspiros por la libertad é independencia del Pontificado.»

La Junta directiva de la *Unión Católica* expidió este parte:

«Emmo. Sr. Cardenal Jacobini.—*Roma.*—La *Unión Católica* de España protesta contra el atentado de que ha sido objeto la santidad de las cenizas del inmortal Pío IX y la libertad de los católicos de Roma, y eleva al gran León XIII el testimonio de su sincero dolor y de su incondicional adhesión con motivo de tan deplorables sucesos.—*León Carbonero y Sol.*—*Santiago de Liniers.*»

Los periódicos católicos, las Academias de la Juventud Católica, cuantos españoles conservan la fe de nuestros mayores, han formulado elocuentes protestas, que sentimos no poder trasladar á nuestra REVISTA; pero dos de ellas tienen tan excepcional importancia, que sin comentario alguno las insertamos gustosísimos para consuelo del pío lector.

EL CARDENAL ARZOBISPO DE TOLEDO,

PRIMADO DE LAS ESPAÑAS,

AL CLERO Y FIELES DE LA DIÓCESIS.

«Salud y gracia en Nuestro Señor Jesucristo.

»Con harto sentimiento nuestro tenemos que afligir hoy vuestro espíritu, venerables hermanos y amados hijos, con una narración bien triste por cierto, cual es la de lo ocurrido en Roma hace pocos días con motivo de la traslación y enterramiento de los restos mortales del incomparable Pío IX.

»Debíase verificar esta traslación, como en efecto se verificó, á las doce de la noche, y á pesar de lo avanzado de la hora, muchos miles de católicos, movidos como por resorte, tomaron parte en la fúnebre ceremonia con hachas encendidas en sus manos, cantando salmos y recitando devotas preces, mientras que desde los balcones de las casas del tránsito, que aparecieron engalanados y con luces, esparcían sus habitantes multitud de flores sobre el féretro.

»En completo orden caminaba esta gran procesión, pasando por una vistosa alfombra de flores, cuando de improviso se presentaron algunas turbas de malvados, instrumentos sin duda de las sectas, que miraban de mal ojo aquella imponente manifestación católica, y empezaron por insultar á los acompañantes, prorrumpieron después en gritos, dejando oír también cantares revolucionarios, y concluyeron por apalear y apedrear á los ciudadanos pacíficos é indefensos, que, garantizados por la ley, y creyéndose amparados por la autoridad pública, con cuyo conocimiento se verificaba este acto religioso, asistían á la fúnebre procesión, quedando de sus resultas bastantes contusos y no pocos heridos.

»La policía, entre tanto, presenciaba casi impasible estos sacrílegos atentados, propios de salvajes. Decimos mal: los salvajes se hubieran avergonzado de cometerlos, y acaso se quejarían, y con razón, de que se les comparase con los demagogos de Roma, invocando en su defensa lo ocurrido poco ha con el cadáver del hijo de Napoleón III, y que oportunamente recuerda un publicista católico. Al ser conducido este cadáver al puerto donde debía embarcársele para Europa, los zulús, no sólo no dirigieron el menor insulto, sino que respetaron á los encargados de su conducción por la Emperatriz, que ansiaba abrazar á su hijo muerto, dando muestras inequívocas del sentimiento de que se hallaban poseídos á la vista de aquellos restos inanimados, sin que osasen cometer el menor desmán contra esta augusta señora, ni los que la acompañaban, cuando más tarde fué á visitar el sitio en que había sucumbido el infortunado príncipe.

»¡Qué conducta tan distinta han observado los sectarios de Roma! Porque hay hasta la particularidad de que el príncipe Napoleón fué á pelear contra los zulús, y que, aunque lo mataron, había él ido á matar también; y, no obstante esto, los mismos que le aborrecían en vida como enemigo, después de muerto respetaron su cadáver y rindieron homenaje á su desgracia. Pero Pío IX, ¿qué daño hizo á nadie en Roma? Lejos de causar el menor mal á ninguno de sus hijos, quiso ser, á imitación de su Divino Maestro, magnánimo y misericordioso con todos. Halló proscriptos, y les devolvió su patria; se deseaba por algunos que hiciese reformas, y las hizo; suspiraban muchos por que

hubiese mayor libertad, y la concedió hasta donde fué posible concederla.

»Cada palabra, cada acción suya enjugó muchas lágrimas, y su vida toda fué una serie interminable de beneficios, de tal manera, que puede muy bien aplicársele lo que dice la Sagrada Escritura de nuestro adorable Redentor. *Pertransiit benefaciendo*: Pasó su vida haciendo bien. Pues á este gran Pontífice, á este gran Rey, modelo de Pontífices y de Reyes, á este Papa que á manos llenas derramó beneficios en Roma, y en todas partes, ¡quién lo creyera! se le ultrajó en muerte por los mismos que lo insultaron en vida. ¡Ah, no! Los zulús y los salvajes no hubieran observado con él tan inicuo comportamiento; y repetimos que, sin cometer una insigne injusticia, no puede agraviárseles comparándolos con los demagogos de Roma.

Pero lo que envuelve mayor gravedad es que el gobierno del Quirinal, que además de no tributar oficialmente los regios honores al venerando cadáver de Pío IX, como estaba obligado á hacerlo, aunque no fuese más que por cumplir lo prescrito en la famosa y decantada ley de *garantías*, señaló la hora que le pareció más á propósito para evitar escándalos; y sin embargo, en esa noche de vergüenza, de mayor vergüenza todavía que aquella triste noche, calificada así por un elocuente y enérgico repúblico español, no supo, ó no quiso, ó no pudo evitarlos; y en cualquiera de estos tres casos resulta que el supremo Pontificado no puede continuar por más tiempo á merced de un gobierno que, por indiferencia ó por debilidad, toleró que se cometiesen á su vista tamaños escándalos, ó no tuvo fuerza para reprimirlos. Hoy ha sido insultado el cadáver de Pío IX, ¿y qué seguridad puede haber de que mañana la sagrada persona de León XIII no sea objeto de iguales insultos? ¿No es de temer que lo que ha sucedido con el cadáver de su venerable antecesor, le suceda á él la hora menos pensada, aun sin salir del Vaticano, donde se halla en verdadero cautiverio?

Hé aquí por qué reclama la Iglesia con tanto afán la soberanía temporal de la Santa Sede, en la actualidad más necesaria que nunca para el libre ejercicio del poder espiritual. El mundo católico tiene el derecho de exigir que el oráculo infalible de su fe sea libre é independiente, y el mundo católico no puede tener certeza, como la necesita, de que es independiente y libre el Papa, sino cuando es Soberano, porque sólo el Soberano no depende de nadie. Y véase cómo la cuestión de soberanía, que puede ser política en todas partes, es en Roma una cuestión esencialmente religiosa. En Roma no puede haber pueblo soberano, ni Asambleas soberanas, ni Reyes, ni dictadores, ni cónsules, ni tribunales. En Roma no puede haber más Soberano que el Papa, mal que les pese á los sectarios. Los Estados del Papa pertenecen al mundo católico, y el mundo católico quiere que se le respeten para que sea libre é independiente. Ni el mismo Papa puede despojarse de su libertad é independencia.

Trabajemos, pues, con ahinco todos, venerables hermanos y amados hijos, para que cuanto antes varíe la situación tristísima en que se halla el Vicario de Jesucristo, y cese la horrible persecución de la Iglesia. Cada uno en su respectiva posición debe trabajar convenientemente para conseguir este santo fin. El publicista por medio de sus libros, folletos y periódicos. El diputado desde la tribuna parlamentaria. El político con su influencia cerca de los gobiernos, haciéndoles ver que la causa del Pontificado está ligada con la causa del orden y bienestar de los pueblos. El catedrático ilustrando la inteligencia de sus discípulos sobre asunto tan importante. Los Reyes desde sus tronos. Los jefes de los Estados desde sus elevados sillones, con su influencia, por medio de su política, y hasta con sus ejércitos, como lo

han hecho en época reciente, con honra propia y provecho de la sociedad.

Y además de trabajar constantemente todos, para alcanzar un bien tan suspirado, debemos pedir á Dios que abrevie estos días de tribulación, poniendo por intercesores á la Inmaculada Virgen María y á su Santísimo Esposo San José, Patrón de la Iglesia universal, así como á los Bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo, protectores de Roma. *Oremus pro Pontifice nostro Leone.* Oremos por nuestro amado Pontífice León XIII. Que los Santos Angeles lo cubran con sus alas, lo defiendan y libren de todo mal, y presenten ante el trono del Altísimo las oraciones que por él le dirige sin intermisión la Iglesia.

Aprovechémonos de este santo tiempo del Jubileo para aplacar la cólera del cielo por medio de las obras de piedad, de mortificación y de caridad señaladas para conseguirlo. Así conseguiremos que, convertidos ó humillados los enemigos de la Iglesia, ésta disfrute de días de paz, logre triunfos tan completos y gloriosos como los que adquirió en las Navas de Tolosa, y que agradecida y llena de entusiasmo recuerda hoy la Iglesia de España, celebrando la festividad conocida con el nombre de El Triunfo de la Santa Cruz, y que el Señor conceda á nuestro venerable Pontífice, en bien de la religión y de los pueblos, un largo, tranquilo y próspero pontificado.

De nuestro Palacio arzobispal de Madrid, á 16 de Julio de 1881.—
JUAN IGNACIO, CARDENAL MORENO, *Arzobispo de Toledo.*—Por mandado de Su Emma. Rma. el Cardenal Arzobispo mi Señor, *José Fernández Montaña*, canónigo secretario.

El ilustre Prelado de Valencia ha publicado en una hoja extraordinaria el siguiente

Homenaje de adhesión al Romano Pontífice, en desagravio de las ofensas inferidas á la religión.

Nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII, felizmente reinante, después de haber sentado sobre la firme piedra de las buenas enseñanzas las máximas de moral cristiana, los eternos principios de justicia y el único derecho admisible, pasa hoy por el amargo desengaño de ser el primero entre los príncipes y los gobiernos, en deplorar como, á vuelta de los aplausos que la prensa europea, y de los elogios que la diplomacia prodiga al Maestro de la verdad, son despreciadas las sublimes enseñanzas del derecho público que él acaba de recomendar y esclarecer, y como, en la santa memoria del inmortal Pío IX, y á vista de las naciones cristianas, es conculcada la altísima dignidad del Pontificado. Teatro de esta singular irreverencia ha sido la misma Ciudad Eterna, donde los alaridos de una muchedumbre desdichada pusieron en alarma al pueblo fiel, y sembraron el espanto entre las familias honradas y entre las clases distinguidas, y las profesiones y carreras del Estado, todo ello con desprecio ó de la autoridad, ó de la decencia pública, ó de ambas cosas á la vez, quedando sin prestigio el nombre de los gobernantes, y allanadas las vías de toda especie de hechos desaforados, convertidas en campo de salvaje pelea las calles de la capital. En tanto el Pontificado, llorando desde las miras del honor y del respeto las perfidias astutas y la insensatez brutal de gentes seducidas y de turbas asalariadas, espera de la dignidad de los gobiernos y del sentimiento católico, no sólo testimonios de amor y de reverencia filiales, sino también el homenaje de vivas protestas contra

un género de agresiones que envuelve el menosprecio del Papado, no menos que una insolencia tan descomedida y audaz cual nunca se cometió contra las solemnidades cristianas. En Roma, corazón y cabeza del orbe católico, residen, y allí afluyen los cristianos y gentes de todas las regiones, ayer testigos de atropellos inauditos en odio á la fe y á la religión, y con ludibrio hasta de la piedad, propia de los funerales y del obsequio debido á santas cenizas.

Tales sacrilegios y públicos insultos han tenido lugar á presencia y con tolerancia de la fuerza pública llamada policía, esta vez indiferente en cosa de la mayor gravedad, y quién sabe si encargada de consentir cierto orden funesto disimulando desórdenes irreligiosos. De todas maneras el Pontificado, siempre bienhechor del género humano, y al presente ordenador providentísimo de las cosas temporales, hállase combatido por modos de una presión salvaje en países cultos. En su virtud los agravios inferidos al Pontificado reclaman protestas enérgicas de parte de los Obispos, de parte de los cabildos y de las corporaciones y asociaciones católicas, unidos los fieles del universo en el común sentimiento de vindicar al Jefe supremo del Cristianismo por medio de manifestaciones amorosas, y tan resueltas como demanda el honor debido á los Padres, según precepto de la ley de Dios.

Y por lo que á Nos toca y á nuestro cabildo catedral, al clero y fieles de nuestra diócesis, enviamos á nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII el homenaje de nuestra profunda adhesión, unido á la santa indignación con que protestamos en cumplida forma contra los atentados que contristan el ánimo del amantísimo Pontífice.

Haga el Señor que reparadas en breve las ofensas, y desagraviada como es justo la divina institución del Papado, sirvan en tanto de lenitivo al dolor agudísimo de León XIII las protestas filiales de los católicos.

De Valencia, á 19 de Julio de 1881.— † ANTOLÍN, *Arzobispo*.

Damos también cabida en nuestra REVISTA al número extraordinario del *Boletín eclesiástico de Segorbe*, que acabamos de recibir.

Dice así:

NOS DON FRANCISCO DE ASÍS AGUILAR Y SERRAT, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA, OBISPO DE SEGORBE.

Al venerable Cabildo de nuestra Santa Iglesia Catedral, á los Rdos. Arciprestes, Párrocos, religiosas y demás Clero y fieles de esta diócesis, salud y gracia en Nuestro Señor Jesucristo.

«Con el corazón profundamente apesadumbrado y la mano temblorosa de emoción, causada por el sacrilego desacato cometido en Roma contra los venerables restos del Papa Pío IX, de tan santa memoria, y los atropellos sufridos por los Emmos. Cardenales y muchos hermanos nuestros, tomamos hoy la pluma, queridos hijos, para protestar ante vosotros y á la faz del mundo contra tales atentados y para invitaros á pedir á Dios que no puedan repetirse.

»El Pontífice privilegiado por Dios en vida con gracias singularísimas, y después de muerto con muchas maravillas, reputadas milagrosas por la ciencia natural y la opinión de quienes las presenciaron, llevando su humildad y amor á España al más alto punto, dispuso antes de morir, á 7 de Febrero de 1878, que su cuerpo fuese sepultado

en modestísima tumba en la basílica dedicada á nuestro compatriota San Lorenzo en las afueras de Roma. Esta disposición testamentaria se cumplió en la noche del 12 al 13 del corriente, en la cual, no obstante la reserva con que se habían hecho los preparativos, la plaza del Vaticano y las calles del tránsito se iluminaron y llenaron de gentes ávidas de honrar con la solemnidad posible al Papa de la Inmaculada, al hombre que por sus virtudes se atrajo el respeto y simpatías de todas las personas honradas.

»Pero en Roma no viven solamente los romanos; porque desde que la Santa Sede fué por incalificables medios despojada de su soberanía temporal, se han establecido en el emporio del Catolicismo sectarios de todas las sectas y los más furiosos enemigos de la fe y de la moral católicas.

»Estos hombres desahogados, ricos en odio, destituidos de todo sentimiento noble y generoso, esperaron al paso la conducción del venerable cadáver, pretendiendo arrojarlo al río, apedrearon á los Cardenales é insultaron á la muchedumbre de los católicos, hiriendo á algunos, sin que las autoridades, hoy responsables del orden en la ciudad Eterna, pudieran ó quisieran contenerlos.

»Tamaño insulto no ha podido menos de afligir al grande León XIII, dignísimo sucesor de Pío IX, y alcanza á todos los católicos del mundo, miembros del Cuerpo místico de que el Papa es Cabeza; mereciendo la enérgica reprobación de las personas que, no siendo católicas, abriguen en su pecho sentimientos de honradez y rectitud.

»Nos, como Obispo, aunque indigno, de esta piadosa diócesis, reprobamos y protestamos contra los escandalosos sucesos indicados, y aprovechamos tan triste ocasión para recordaros á todos, hermanos é hijos nuestros, la penosa situación en que se halla colocado el Representante de Dios, Vicario de Jesucristo, Doctor infalible de la Doctrina católica, Maestro universal de la Iglesia, Pontífice Supremo de todos los católicos, obligado á mantenerse preso en el Vaticano, no valiendo para su augusta y altísima majestad las leyes de garantías ni las promesas de los mismos que le despojaron.

»No debiendo, empero, limitarnos á protestas, hemos acordado con el Ilmo. Cabildo que el domingo, día 31 del corriente, á las diez de la mañana, se celebre en nuestra Iglesia Catedral una Misa solemne de desagravio á Dios y de rogativa para que devuelva al Romano Pontífice la libertad é independencia que le son necesarias para llenar su misión salvadora. En dicha Misa, Nos predicaremos, Dios mediante, y al fin de ella se rezarán las Letanías de los Santos.

»Los Sres. Párrocos y demás encargados de iglesias leerán esta Pastoral en el ofertorio de la Misa conventual del primer día de fiesta siguiente á su recibo, y dispondrán la celebración de una Misa de rogativa y desagravio con el rezo de las Letanías al fin, invitando á los fieles á pedir mucho á Dios.

»Por nuestra parte exhortamos á todos los diocesanos á concurrir á estos actos de piedad, recordándoles que la oración, la mortificación propia y la caridad son los medios con que hemos de aplacar á Dios, son las armas del cristiano. Para más moveros, queridos hijos, con la recompensa de bienes espirituales, concedemos 40 días de indulgencia á los que concurren á los actos de rogativa anunciados, y á todos os damos cordialmente nuestra bendición en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

»Dado en el Palacio episcopal á veintitres de Julio de mil ochocientos ochenta y uno.—FRANCISCO DE ASÍS, *Obispo de Segorbe*.—Por mandado de S. S. I. el Obispo mi Señor, *Dr. Ramón Moner*, Presbítero, Secretario.»

Solemnísimas funciones religiosas se preparan en Santiago para solemnizar la memoria de su glorioso Patrono, Apóstol de España. Los más elocuentes predicadores que cuenta hoy en su seno la Iglesia compostelana, y el insigne Cardenal Payá, por tantos títulos respetable y respetado, han de predicar las enseñanzas divinas á los muchos y buenos hijos de la histórica ciudad.

El Sr. D. José Taronjí y Cortés, Canónigo de la Colegiata del Sacro-Monte, ha tenido la bondad, que agradecemos en todo lo que vale, de remitirnos un ejemplar de sus disertaciones sobre la *Santísima Trinidad* y sobre la *Eucaristía*. Con estas disertaciones muestra gallardamente el Sr. Taronjí ser un buen latino y un buen teólogo.

Promete ser interesantísima publicación para la gente de leyes, á juzgar por el número primero que tenemos á la vista, la *Gaceta de los Colegios Notariales*, periódico que dirigirá el distinguido jurisconsulto D. José Montaut y Trigueros, nuestro buen amigo. Deseamos á la *Gaceta* todo linaje de prosperidades.

Hemos recibido el segundo cuadernó del *Boletín de la Unión Católica*, que comprende los números correspondientes á los meses de Abril, Mayo y Junio. Cuantos deseen conocer bien la vida de la *Unión Católica*, suscríbanse á este *Boletín*, compuesto con verdadero amor y con esmero esquisito por los Sres. D. Francisco de P. Quereda, y por D. José María Bris y Sánchez.

No podemos despachar favorablemente la petición que nos hace un amigo querido, desde el *Establecimiento de baños de la Muera de Orduña*, donde se encuentra; por lo demás, mucho nos holgamos de que, según nos dice, le prueben á maravilla aquellas aguas. Estamos de acuerdo ¿cómo no estarlo? con lo que el amigo nos propone; pero el bañista de la *Muera* olvida que aún se pasea por estas calles el caballero fiscal de imprenta.

Queda encargado de la Dirección de la REVISTA DE MADRID, mientras dure la ausencia de nuestro querido amigo D. Miguel García Romero, el distinguido poeta y Presidente de la Juventud Católica, Don Juan B. Lázaro.

ESTUDIOS BÍBLICOS.

EL PENTATEUCO.

(Continuacion.)

Hemos dicho que examinaríamos las razones por las cuales afirma gravemente Nöldeke que no hay que soñar en atribuir el Pentateuco á Moisés. Ellas son tales, que más de uno de nuestros lectores dirá acaso que no debia yo gastar tiempo en tales bagatelas; pero entiendo, por el contrario, que conviene sacarlas á la vergüenza, para que se forme cabal juicio de estos orgullosos *críticos científicos*, que por tales motivos rechazan desdeñosamente esta y otras *caducas tradiciones*, y áun los argumentos, ó sea *razones especiosas*, á que se libran mucho de responder, *porque no pueden*. Dícenos nuestro crítico lo que ya llevamos dicho nosotros, que el punto capital y esencial del Pentateuco no es el relato histórico, sino la legislacion y la edificacion religiosa. Pero como contiene muchas cosas, pues apenas existe género literario de los que se cultivan en el Antiguo Testamento que no esté de algun modo representado en nuestro libro; como puede decirse que es como la quinta esencia de toda la literatura hebrea; como tiene tanta variedad, dándose allí prescripciones litúrgicas detalladas, leyes civiles, exhortaciones elocuentes, relatos cortos bos quejados á grandes rasgos al lado de extensas descripciones llenas de vida y lozanía, enumeraciones hechas con arte sistemático

y trozos de la más bella poesía; concluye nuestro crítico que «es evidente que nadie pondría en duda que semejante libro fuera obra de hombres y tiempos muy diversos».

Véase la diversidad de juicios. Precisamente por esas consideraciones entendemos nosotros probar, como con prueba intrínseca, aunque no sea demostrativa, que el Pentateuco conviene perfectamente á Moisés, como que nos parece que no puede negarse que debió ser un hombre nada vulgar—ya que nuestro adversario nos concede al menos que libertó al pueblo y fué su legislador—y por consiguiente, que pudo tener todas esas habilidades, y alcanzar á escribir en cuarenta ó más años una obra que al cabo puede leerse en tres dias. Y añadimos que el tal libertador y legislador—principalmente religioso, y en su opinion al menos inspirado por Dios—debió tener grandísimo amor á su pueblo é interesarse en sus glorias futuras y en su salvacion, y por tanto, que no perdonaría medio para inculcarle sus ideas, y emplearía para ello todas las facultades de su alma, y por eso acudiría á las prescripciones rituales, que sirven para mejor cumplir las morales y religiosas, á las exhortaciones fervientes, principalmente cuando ya la edad, los sacrificios hechos por el pueblo y la mala correspondencia de éste le daban para ello mayor autoridad; que recogería las tradiciones más importantes y las memorias genealógicas como introduccion casi necesaria para el buen éxito de su obra, y hasta acudiría á la poesía, si de ello era capaz, para que se fijara mejor en la memoria del pueblo lo que Dios habia hecho por él, y el deber de gratitud de corresponder á tantos favores. ¿No es esto natural? Mucho. ¿No es posible? ¿Porqué razon? ¿Es que el Pentateuco es posterior al siglo VII ó VI antes de Cristo, para que pueda decirse que es «como la quinta esencia de toda la literatura hebráica,» ó es, por el contrario, la fuente original donde esa literatura se inspiró, como hemos dicho y probado? No parece sino que quien da valor á tales consideraciones, no tiene la menor idea de los libros religiosos antiguos, que sue-

len casi todos mezclar la historia con la poesía y la legislación. Así los libros chinos, así los persas, así los indios, así hasta el Coran de Mahoma por no decir nada de nuestros Evangelios. Y las exhortaciones ¿no las tenemos hasta en nuestras Partidas, que hacen preceder á cada prescripcion legal una razonable homilia ó poco menos? Supongamos, por el contrario, que nuestro Pentateuco es obra de un *redactor* que trabajó muchos siglos después sobre documentos antiguos. ¡Qué infinidad de cosas, de narraciones, de enumeraciones, de descripciones hay en el Pentateuco, que hubiera de seguro eliminado por no servir para el objeto que se pudo proponer! ¡Qué trabajo tan burdo pasar sin transicion alguna de una narracion histórica á una serie de prescripciones legales ó rituales, cosa que se concibe perfectamente si el Pentateuco se iba escribiendo conforme se desenvolvian los hechos y la legislación, mientras que es absurdo en la hipótesis de un confecionador mucho más tardío! ¿Se puede saber para qué se entretuvo éste en contar al pormenor las ofrendas que hicieron los príncipes para el tabernáculo, las cortinas que éste tenía, las pieles de carnero de la cubierta, las tablas, los clavos, las estacas, los capiteles, las traviesas—ya que dice nuestro crítico que sólo tenía presente al templo de Jerusalem, harto distinto—para qué consignó la prescripcion de que los israelitas saliesen fuera del campamento para hacer sus necesidades, y llevasen una estaca para enterrar los excrementos, etc., etc.? El argumento, pues, que para nuestro crítico es una presuncion *ya evidente*, no prueba absolutamente nada en su favor, y mucho en el nuestro.

Para afirmar que el más antiguo testimonio cierto que designa al Pentateuco como *Libro de Moisés* ó *Ley de Moisés*, no es anterior á la época de Esdras, es necesario inventar otra hipótesis bien difícil de sostener, esto es, que el libro de Josué es de esta época, ó al menos que está interpolado y retocado por el autor deuteronomista, como dice nuestro adversario. Otro tanto puede decirse de varios Salmos. Pero á pesar de todo, la opinion orto-

doxa es insostenible, nos dice, y lo intenta probar con estos argumentos.

«Al fin del Deuteronomio se cuenta la muerte de Moisés.» Por el adicionador, decimos nosotros; y añadimos que es una mentira pura y simple, ó una ignorancia concebible en un fisiólogo y naturalista de profesion que se mete en teologías, como Draper, pero del todo censurable en un crítico que se firma doctor en teología, la afirmacion hecha por el Dr. Nöldeke, de que es opinion de la Iglesia que Moisés escribió como profeta su muerte, y las palabras aquellas de «Y no se levantó ya en Israel otro Profeta como Moisés». La Iglesia cree que lo pudo escribir, si Dios se lo hubiera inspirado, pero en ninguna parte dice que realmente se lo inspiró. Y la asercion del Talmud, de que todas esas palabras fueron adicionadas por Josué, no es hipotética sino en cuanto dice precisamente que fuera Josué, y no otro autor igualmente movido por el Espíritu Santo para hacerlo. Por lo demás, es la opinion corriente entre los teólogos y expositores, y se funda en que no se deben admitir milagros sin necesidad, y esas adiciones y aun alguna que otra glosa añadida al texto por otro autor inspirado, ó introducida casualmente en él por errores de copias, no quitan que pueda y deba considerarse el Pentateuco como obra de Moisés. Comb Josué, que le sucedió, no alcanzó las bondades que Dios tuvo con Moisés; pudo muy bien escribirse después de algun tiempo aquella frase sin necesidad de profecía alguna—que en todo caso se referia á todo el tiempo de la vida nacional de Israel, esto es, hasta el Mesías, pero sin comprender á Este, que habia de ser el Profeta por excelencia, por el mismo Moisés anunciado. Sirva esto en todo caso para salir del apuro en que nuestro adversario cree ponernos, aunque partiendo, como hemos dicho, de un supuesto falso y mentiroso, ó de una supina ignorancia.

Que la profecía hecha á Abraham y Jacob, de que saldrían reyes de su descendencia, no pudo escribirse sino después de es-

tablecida la monarquía en Israel, solamente puede decirlo el que tiene por imposible la profecía, por no creer en un Dios verdadero. Alguna mayor dificultad habría en el otro texto que alega el crítico (Gén. XXXVI, 31), en donde se enumeran los reyes de Edom, advirtiendo que *reinaron antes que reinaran reyes sobre los hijos de Israel*, si el autor de esta observacion hubiera tenido las mismas opiniones que nuestro adversario en orden á la profecía, es decir, si no hubiera creído en ella ni en su posibilidad. Pero no siendo esto así, y habiendo él mismo referido la promesa hecha á Abraham, y á Jacob repetida, de que saldrian reyes de su posteridad, el cumplimiento de esta promesa era para él tan inquestionable como si fuera ya un hecho pasado ó presente, y pudo muy bien, por lo tanto, ocurrírsele la antedicha observacion al enumerar algunos reyes idumeos. Por cierto que el capítulo XXXVI, consagrado por entero á recoger las noticias históricas relativas á los descendientes de Esaú, y que nada podian importar á un escritor de tiempos ya tan remotos como los de Saúl ó David, son una prueba más del carácter histórico del Génesis y de las buenas fuentes en que bebia el autor; pues nada hay que ofrezca la menor dificultad, ni existe la más pequeña razon para tener, así los nombres que se citan, como los títulos que se dan á los príncipes ó jeques de los idumeos y de los horeos, expulsados por aquellos de las montañas de Seir, por legendarios ó inventados á placer. Y aunque no existieran las citadas profecías, podia pensar el autor del Génesis, suponiendo que fué Moisés ú otro posterior, en una monarquía de los hebreos, que al fin eran ya un pueblo independiente, iban á establecerse entre otros por reyes gobernados, aunque reyes muchos de ellos de una sola ciudad y sus aldeas, y era muy de prever que querrian ó se verían precisados á imitarlos, aunque sólo fuera para defenderse mejor. Y por eso se entiende muy bien, aunque prescindiéramos de la inspiracion profética de Moisés, que escribiera una especie de ley del reino, imponiendo deberes al rey futuro, y entre otros el que

hubiera sido absurdo ya en tiempo de la monarquía, *de no volver el pueblo á Egipto* (Deuteronomio, XVII, 16).

Lo que parecerá imposible á nuestros lectores es que el presuntuoso crítico á quien respondemos, se valga todavía como argumento contra Moisés, como autor del Pentateuco, del hecho de hablarse de él constantemente en tercera persona. ¡Como si fuesen inauténticos los *Comentarios* de César, porque en ellos se advierte lo mismo; como si no se pudieran citar otros muchos ejemplos antiguos y modernos, de autores orientales y occidentales! Y con ésta concluyen las objeciones de nuestro adversario, porque no hemos de insistir en la que añade, y es la única verdadera para la incredulidad, á saber, la narracion de milagros. Y alega para mayor fuerza lo imposible que á él le parece que haya críticos que admitan la autenticidad del Evangelio de San Juan, porque refiere milagros y discursos que á él le parecen supuestos; y del mismo modo cree imposible que contara Moisés los milagros de Egipto, el paso del Mar Rojo, etc., cuando hablaba con sus contemporáneos, que podian comprobar exactamente la veracidad de sus palabras. A todo esto nosotros sólo tenemos que decir que esto no es hacer crítica histórica, sino profesion de incredulidad, y nos encogemos de hombros y pasamos á otra cosa, pues como hemos dicho, para negar lo que no se comprende no se necesita quemarse las cejas. Sólo añadimos que sin los milagros que cuenta Moisés ú otros equivalentes, no se conciben ni se explican la salida de Israel de Egipto, ni su existencia, historia y literatura posteriores, que los dan por supuestos, y en ellos perpetuamente se apoyan.

Convencido ya nuestro crítico con tan graves razones de que no es Moisés el autor del Pentateuco, llega después á negar que deban atribuírsele las leyes que allí se hallan, ni siquiera los diez Mandamientos, aunque concede que algunas leyes *pueden* ser mosaicas, pero que esto necesita demostrarse en cada caso; y al fin llega á negar que sea auténtica la figura de Moisés, tal como

se nos presenta en el Exodo y los Números, siendo según él una hermosa creación de autor muy posterior, sabiéndose sólo que fué el guía de los hebreos cuando salieron de Egipto, y que dió un poderoso impulso al desenvolvimiento religioso del pueblo, y esto porque en ello concuerdan las diversas tradiciones, y porque hay al menos en su favor un testimonio egipcio completamente independiente.

Si de todas estas afirmaciones se le piden los motivos, los dará casi tan fuertes como los alegados contra la autenticidad del Pentateuco y ésta supuesta. Dícenos que las leyes difieren entre sí, particularmente las del Deuteronomio, por lo cual no pueden proceder del mismo legislador, como allí se dice, puesto caso que todas se atribuyen á Dios. Esto último es cierto, pues que si en el Deuteronomio habla sólo Moisés, se indica bien al principio que va á dar una recapitulacion ó resumen, para el pueblo más que para los Sacerdotes ó Levitas, de la legislacion ántes expuesta, juntamente con los motivos más poderosos y las más persuasivas exhortaciones á observarlas; que tal es, como está dicho, el objeto especial de este 5.º libro. Mas aunque la legislacion no tenia por objeto el tiempo que morase el pueblo en el desierto, sino para mientras formase un cuerpo de nacion; con todo, algunas leyes hubieron de referirse á aquel estado transitorio, que al fin iba á durar cuarenta años; y así es lo natural que algunas se abrogasen ó modificasen cuando iba á cesar aquella situacion, y habiase verificado la instalacion de parte del pueblo en la region ultrajordánica, y se iba á verificar la ocupacion del resto del país. Tampoco podemos negar en absoluto que algunas leyes se refieren á épocas más modernas; y ya hemos citado las relativas á la futura monarquía, cosa que no convence, ni mucho menos, que no pudieran promulgarse por Moisés, Profeta al cabo, y aunque no lo hubiera sido, político al menos de gran fuerza. Cita nuestro crítico como ejemplo de leyes que podria á primera vista atribuirse á Moisés, pero que se ve en ellas una *forma intencional* escogida y

buscada por autores modernos, lo relativo al campamento de los israelitas y su tienda sagrada (que llama el traductor castellano como el francés, y es coincidencia tan rara como zurda, *tienda de asignacion*), en todo lo cual dice que lo que el autor ó autores tenían presente era la ciudad de Jerusalem y el templo. ¿Y por qué? Lo calla prudentemente; pero nosotros vemos el lugar señalado á cada tribu en los campamentos, y en Jerusalem no vivían todas las tribus, ni el templo estaba precisamente en medio, ni tenía las dimensiones del tabernáculo, sino mayores, aunque formado á su imagen, ni la inspeccion del templo podia dar á conocer con tantos pormenores como en el Pentateuco se describen, los materiales movibles del tabernáculo, ni podia adivinarse qué parte de éstos estaba encomendada para los trasportes á cada familia de Sacerdotes y Levitas, etc., etc. Se ve, pues, lo gratuito é inverosímil de la asercion de nuestro adversario en el único ejemplo que cita. Que las leyes excluyen la estancia en el desierto, dice, y lo concedemos si se entiende que se referian *principalmente* para los tiempos en que ya hubiese llegado Israel al término de su viaje. Pero esto no quita que pudieran observarse hasta cierto punto en el desierto, donde no es tan cierto que no pudiesen conservar parte de los ganados que sacaron de Egipto, y con ellos atendieran á los sacrificios. Pensará nuestro crítico que todo el desierto, incluso los puntos donde hacian estacion por más ó menos tiempo, era un perpetuo arenal sin una yerba para mantener algunas reses, ni una gota de agua que darles de beber. Tampoco le parece á nuestro crítico propio de los tiempos mosaicos la prohibicion, varias veces repetida, de adorar á Dios bajo la forma de una imagen; pues dice que la ciencia moderna tiene *buenas razones* para admitir este culto como *una necesidad* en los tiempos antiguos. Cuáles sean esas buenas razones para establecer tal necesidad, no tiene á bien decirlo nuestro sabio; como tampoco si los tiempos antiguos admiten alguna excepcion parcial por obra de algun legislador monoteista y espiritualista; ni nos dice si el hecho ge-

neral de la corrupcion de las antiguas tradiciones y degradacion de los pueblos implicaba forzosamente la idolatría, para evitar la cual se estableció aquella prescripcion mosaica; ni, en fin, si el hecho general que la historia acredita, es lo mismo que una *necesidad*, que haría irresponsables á todos los hombres de aquellos siglos en un punto tan capital. El monoteismo espiritualista se vislumbra harto claramente á través de las más antiguas tradiciones del género humano: esto es lo que verdaderamente prueba *la ciencia*; y así no es de extrañar que el pueblo hebreo que las conservaba más puras, y sobre todo Moisés, que se dice, y nosotros así lo creemos, enviado del Dios que es *el Sér*, tomara las más enérgicas precauciones contra la idolatría y la materializacion de la idea de Dios entre un pueblo rudo aún y grosero, que salia de un país idólatra é iba á vivir entre otros que lo eran tambien, y cuya propension á la idolatría se manifestó tantas veces en su historia.

Movido por los razonamientos enunciados, sigue diciendo nuestro sabio crítico: «¡Demostrada!!! la falsedad de la autoridad que atribuye esas leyes en general á Moisés, ya no debemos suponer ese origen para ninguna de las leyes en particular, sino que debemos reclamar la prueba para cada una de ellas». ¿Qué idea tendrá de lo que es una *demonstracion*? Y sin más niega que sea auténtica «esa figura tan grande y tan llena de vida,» esto es, Moisés, y le reduce á las dimensiones que arriba apuntamos. Las razones se las calla, como tambien quién fué y cuándo escribió el inventor de esa *hermosa creacion*, que debió ser un embustero de primer orden, y el pueblo hebreo que se tragó esta añagaza el más estúpido de la tierra.

Muchos más son los argumentos aducidos por otros contra la autenticidad del Pentateuco; pero como el autor á quien nos hemos propuesto responder, porque anda mal vestido en castellano, no aduce más, hacemos aquí punto en esta materia, no sin volver á remitir al lector que lo desee á los autores citados al principio de

esta discusion, principalmente á Hävernicks, Reinke y Schöbel, y en general á los mejores comentadores del Pentateuco, donde se hallarán compuestas más ó menos felizmente las pretendidas contradicciones del mismo. Que alguna dificultad ha de quedar es cosa clara, por ser un libro antiquísimo, para cuya cabal inteligencia se necesitan datos que ya nos faltan, como sucede con cualquiera otro de la docta antigüedad. Pasamos, pues, á refutar las opiniones contra la unidad del Pentateuco; pero como esto es cosa algun tanto larga, pide artículo aparte.

FRANCISCO CAMINERO.

(Se continuará.)

LOS PARÁSITOS.

ESCENAS DE LA VIDA PRÁCTICA.

(Continuación.)

—Pues no la discutamos, que no hace al caso. Digo que le conozco á V. por dentro y por fuera, y sé que si V. está decidido á una cosa, veinticuatro horas más ó menos no le hacen variar de opinión, ni las necesita para nada; y como yo estoy firmemente persuadido de su completa conformidad con cuanto le he dicho, y de su decisión de seguir punto por punto mis consejos.....

—Se equivoca V.

—No me equivoco.

—Pues bien: sea lo que sea, yo necesito tiempo para decirme.

—¿Cuánto tiempo?

—¡Poco! el necesario para recibir hoy una carta de Madrid. Sólo con esa condición acepto en principio los preliminares de nuestro compromiso.

—Corriente; mañana reanudaremos las conferencias—respondió Palomino— y despidiéndose de Juan Antonio, se alejó del sitio en que había tenido lugar la entrevista, que era uno de los paseos más apartados de la ciudad y más solitarios en la estación, y en la hora en que se celebró, no tan secretamente que no llegara á oídos de muchos electores influyentes, y aun á los de la experta é inteligente policía de la Señora Prisca.

CAPITULO XV.

NUEVOS DATOS.

Juan Antonio entre tanto volvió á Duradón entrando por el barrio de curtidores. Separaba este barrio, el más importante y populoso de la ciudad, del resto de la población, un modesto brazo del más que modesto riachuelo que corría á su orilla, y las tenerías, asentadas todas á la margen del cauce, que además de alimentar esta industria, movía tres ó cuatro artefactos y fecundaba numerosos huertos, abrían todas las puertas de sus patios, corrales ó jardines á la senda estrechísima que entre los edificios y el canal quedaba libre para comodidad de operarios y paseantes.

En vez de tomar Juan Antonio uno de los muchos pontones ó pasaderas que unían el barrio de curtidores con la parte más alta de la ciudad, siguió la senda río abajo, ó distraído ó intencionado, pero sin prestar gran atención á lo pintoresco del sitio ni á la frondosidad de los setos y raigadas de olmos, chopos y sauces que bordaban entrambos lados del camino. A la mitad de éste, y á la puerta de uno de los edificios más considerables y mejor labrados de todo el barrio, que más que de humilde tenería, tenía aires de importante y formal fábrica de curtidos, había sentadas dos mujeres, joven la una, y ya de edad madura la otra, pero ambas hermosísimas, y cuyo extremado parecido fácilmente designaba como madre é hija.

Vestidas ambas modestamente, ni como señoras principales ni como mujeres del pueblo, la misma sencillez y severidad de su atavío, compuesto casi exclusivamente de telas de lana de color oscuro, su modesto peinado, y su porte digno y reservado, les constituía, junto con la noble majestad de sus facciones, esa especie de aureola, signo inequívoco del señorío doméstico y de la vida familiar digna y cristianamente empleada.

Un conquistador cortesano, ó un vulgar descubridor de her-

mosuras dudosas y de virtudes condicionales, apenas hubiera parado su inquieta mirada en aquellas mujeres, que á pesar de su modestia eran dignas de inspirar los pinceles de un verdadero artista, por representar ambas ese tipo especial de belleza, que sólo ostentan ciertas razas primitivas, y que se encuentra á veces puro y sin mezcla, en ciertas comarcas de España.

No pretendemos afirmar que Juan Antonio se entregara, al contemplarlas de lejos, á la consideración reflexiva de estos fenómenos de seleccion que la naturaleza había producido en las dos hermosuras del barrio de San Lorenzo; pero hemos de confesar al menos, que apreciando ó no apreciando las causas, daba á los efectos el valor que realmente merecían, porque con la sonrisa más amable y seductora, á la vez que con el ademán más elegante y conquistador de su repertorio, se acercó á la puerta de la fábrica y saludó á la madre y á la hija, que al verle acercar se levantaron, respondiendo cordial y llanamente á sus saludos.

—¿Quiere V. ver á Romualdo—preguntó la matrona, en quien nuestros lectores habrán adivinado á la Señora Lorenza—le llamaré si V. quiere, y no le vendrá mal al pobre descansar de echar números y de andar á la greña con la gente, que trae un trajín que no sé cómo no se mata—añadió dirigiendo una mirada de singular cariño al interior de la fábrica.

—No, no es menester; dígame V. que volveré mañana á incomodarle un rato. Hoy venía de paseo, las he visto á Vds. y he querido saludarlas—Eulalia bajó los ojos modestamente, pero no tanto ni tan pronto que no se cruzaran con los de Juan Antonio, quien expresó con los suyos muy elocuentemente que á ella sola debía alabarse por la visita del candidato.

La Señora Lorenza, como todas las mujeres de su clase, estaba al corriente de todos los asuntos graves ó insignificantes de su marido, que nunca decidía ninguno sin consultarla, ó por lo menos sin oirla; así es que en el de las elecciones, mil veces debatido en familia, podía hablar por cuenta propia como el mismo Romualdo Crespo, su señor y dueño.

—Ya sentimos mucho, sí, señor, ya lo sentimos de veras no poder servir á V. en esto de los votos (*esto de los votos* eran las elecciones); pero ya sabe V. lo que son los hombres, y lo que son estas cosas; cuando hay compromisos de por medio, no hay amigo

para amigo, ni vale el cariño, ni nada. ¡Bendito sea Dios! No sé qué gusto tienen Vds. en meterse en estas jaranas que no producen más que desazones. Porque es lo que dice Romualdo: á Juan Antonio, le quiero de veras; ya ve V., cómo no ha de quererle si le ha conocido tamañito, y era V. como hermano de aquel ángel que se llevó el Señor—y la Señora Lorenza, que aun no se habia consolado de la pérdida de un hijo de catorce años, compañero de escuela de Juan Antonio, y de su misma edad, se enjugó una lágrima que aquel recuerdo de su juventud hizo brotar de su corazón de madre—pero es claro, lo que él dice: un hombre tiene que sacrificarlo todo á la idea; ¡claro está! ya sabe V. su idea; y como V. no es de esa idea, ahí tiene V. que ya ni hay amistad ni cosa que lo valga: vamos, le digo á V. que muchas veces pienso que por buena que sea una idea, los hombres no debían hablar tanto de ella, ni hacer tantos sacrificios, porque al fin y al cabo, lo que yo digo: pues déjenlo Vds., que si la idea es buena ya triunfará ella sola sin necesidad de tantos afanes; pero no, señor, parece que el mérito de estas cosas consiste precisamente en el trabajo que cuestan, y ahí tiene V. cómo mi marido, y otros como él, que son incapaces de matar una mosca, y para nadie tienen una palabra mala, en tocándoles el punto de la opinion, ¡ea! ya los tiene V. hechos unos basiliscos, y arman unas disputas, y vocean y patalean como si se les viniera la casa encima: en fin, ¡cómo ha de ser!—añadió la buena de la Señora Lorenza en tono resignado—ellos saben más que una de estas cosas; y, despues de todo, mejor es eso que si les diese por ser jugadores, ó borrachos, ú otros vicios.

—Yo estimo demasiado al amigo Crespo para exigirle que me sacrifique sus opiniones ó su consecuencia—insinuó modestamente Juan Antonio.

—No: mire V., y aunque V., y yo, y Eulalia y toda la Corte celestial se lo pidiéramos de rodillas, no lo haría; ¡eso sí! en diciendo que nones, á Romualdo no le convence nadie—repuso la mujer del curtidor con cierto aire de orgullo.

—Repito que sus escrúpulos son muy respetables—institió el candidato—por más que, como yo le dije el otro dia, mi candidatura no es política, ni va contra sus opiniones, antes, al contrario, se inclina....

—¡Qué ha de inclinarse, hombre, qué ha de inclinarse!—le replicó sonriéndose maliciosamente la Señora Lorenza, que aunque reprendía la intransigencia de su marido, era en el fondo tan intransigente como él, y abrazaba su causa con ese irreflexivo impulso de un corazón amante y apasionado.—A mí, pídamelo V. todos los favores que quiera, y nos entenderemos; pero eso de que quiera V. hacerme pasar lo blanco por negro y lo negro por blanco, ¡nones! No me hagas señas, hija, que yo bien sé lo que me digo—añadió dirigiéndose á Eulalia, que al oírse interpelar de ese modo, sintió encenderse sus mejillas—¿crees que por eso vamos á regañar con este pícaro? Pues no lo creas—siguió diciendo dándole un cariñoso golpecito con su abanico—tan amigos como antes.

—Así lo creo—se apresuró á responder el comensal de Tula Scheneider, que jamás recordaba haber adoptado más precauciones oratorias en sus entrevistas y conversaciones de la alta sociedad madrileña—así lo creo, por más que aquello del refrán de que para las ocasiones son los amigos.....

—Las ocasiones, las ocasiones; ¿y quién le mandaba á V. embarcarse en esta ocasión sin preguntar á Romualdo lo que pensaba? ¡Vamos á ver! Vds. creen desde Madrid que todo se lo saben y todo se lo arreglan, y que no hay sino llegar y besar el santo. ¡Buenas y gordas! Aquí, aquí es donde debían Vds. tomar el pulso á las ocasiones, y ver si eran buenas ó malas. Lo mismo que las compañías.....

—¿Qué compañías?

—Vamos á ver; se le figura á V. que Romualdo puede seguirle á V. para que le lleve á los pies del Condecito.

—El Conde de Cavia?—preguntó fingiendo indiferencia Juan Antonio—¿pues no es de los suyos?

—¿De los suyos? ¡un renegado! un traidor.....

—¡Ah, vamos! Crespo le acusa de no seguir el mismo camino que su padre.

—De su padre también habría mucho que hablar; pero, en fin..... agua pasada no muele molino; pero ¡el hijo! un señorito á la moderna, medio francés, medio español..... Mire V., si V. no se une con él, la cosa hubiera tomado otro aspecto; Don Modesto es malo, sí, señor, es decir, no es de los nuestros, pero

es consecuente y neto en sus opiniones, Cortezon tambien es de los puros.... de la otra banda, y lo que dice Romualdo: vale más un enemigo franco que un amigo dudoso; ¡eh! ¿no es eso?..... pero ese señoritin, ni carne ni pescado, ni blanco ni negro; ¡vaya! lo dicho: con él no se puede ir ni á la gloria.

—En fin, Lorenza—respondió Juan Antonio levantándose del asiento y cortando aquella conversacion de que ya habia sacado todo el partido que apetecia—ya hablaremos de eso largo y tendido. Yo no quiero lograr nada por sorpresa; pero deseo que se me juzgue imparcialmente, sin prevenciones ni recelos. De todas maneras, yo no sirvo para engañar á nadie, y Romualdo ha de disponer de su influencia en mi favor ó en contra mia con pleno conocimiento de causa.

—Ojalá le convenza V., y logren entenderse; bien sabe Dios que lo deseo muy de veras.

—Así lo creo; pero para eso, además de lo que yo haga, han de ayudarme Vds. un poco.

La intencion que puso Juan Antonio al hacer extensiva á la hija la alianza que proponia á la madre, no desagradó del todo á ésta, que con su habitual franqueza exclamó estrechando la mano que el hábil madrileño la tendia:

—Se hará lo que se pueda, buena pieza, se hará lo que se pueda; pero tenga V. la seguridad de que la Lorenza caza largo, y que si se decide á darle á V. la mano, es porque debe dársela, y no porque V. la haya hecho caer en el garlito.

—Más vale así—repuso vivamente Juan Antonio—más vale así; y de todos modos, triunfe ó no triunfe, seremos amigos..... amigos para siempre, ¿no es verdad?

—Así lo espero, si V. no desmiente sus palabras y su casta, que es buena. Con que lo dicho, y hasta mañana.

—Hasta mañana—respondió Juan Antonio; y mirando intencionada y fijamente á Eulalia, se retiró lentamente el candidato, volviendo á la mitad del camino la vista, y fijándola en el grupo de las dos mujeres que, mientras se alejaba, no dejaban tampoco de contemplarle con interés cariñoso.

SANTIAGO DE LINIERS.

(Se continuará.)

EL AMOR.

APUNTES PARA UN LIBRO.

(*Conclusión.*) (1)

III.

LA AMISTAD.

Amigo: *unus mecum*: otro conmigo: otro yo.

«*Amistad.* Afecto recíproco que se profesan dos ó más personas, fundado en un trato consecuente y en una correspondencia decorosa y honesta.»

No basta esa definición. Amistad es el apoyo recíproco que se prestan dos almas en su tránsito por este mundo: es un comercio de mutua abnegación.

¡Qué tesoro tan inestimable es un buen amigo, un verdadero amigo!

«Conserva á tu amigo, dice el Libro Santo, y al amigo de tu padre; y en el día de la tribulación búscales con preferencia á tu hermano.»

Sí; amigo es más que hermano.

La amistad es un amor que no se funda en la naturaleza, ni tiene por fin interés de ninguna clase.

Es la caridad en lo humano elevada á su última perfección.

Así como el amor entre el hombre y la mujer nace de pronto, sin premeditación, por fascinación ó por temperamento ó por debilidad; así como en el amor un sólo rasgo nos llama la aten-

(1) Véase el número anterior.

ción y nos prende, la amistad, por el contrario, se forma lentamente, á fuerza de tiempo, y en la práctica de largas relaciones.

Puede un favor recibido, una cualidad excelente descubierta, inclinarnos poderosamente hacia un semejante nuestro; pero como la naturaleza no entra por nada en la amistad, no llegamos á profesársela por completo sino con el tiempo, y cuando ya no nos queda duda de que aquel es un hombre como nosotros, comprendemos que debe ser el hombre: no sin defectos, porque ese tal no existe; pero con defectos soportables.

El verdadero amigo no ve en su amigo más defectos que aquellos que á este pueden dañar, porque desea su bien; y en esto se diferencia también la amistad del amor; porque en este último sólo vemos en la persona amada aquellos defectos que pueden perjudicarnos á nosotros mismos.

Hay simpatías y antipatías que nacen desde el primer momento en que dos se encuentran en el mundo. Ó se desvanecen pronto, ó perseveran. En el primer caso, no merecen el nombre de tales: son un capricho de nuestra naturaleza; pero en el segundo yo no sé bien lo que son: me parecen un efecto de cierta doble vista, de cierta intuición misteriosa que posee nuestra alma, y de que no sabemos darnos cuenta.

Ello es que esas simpatías y antipatías son participadas por los dos sujetos sin razón alguna aparente: una fuerza que atrae ó que repele, cuyo móvil hemos de conocer en el porvenir.

De la antipatía al amor se pasa muchas veces: cuestión de temperamento y de ocasión; mas de la antipatía á la amistad parece raro el tránsito; y no sé si me atreva á decir que es imposible.

Tampoco se pasa de la amistad al amor entre personas de distinto sexo: son dos sentimientos que se excluyen.

El verdadero amigo no se goza en poner á prueba á su amigo, si bien en los principios puede probarle para conocerle.

Pasan largos tiempos, y largas ausencias, y largos silencios, y el amigo no cambia nunca: es como el oro purísimo que no se altera ni á los rayos del sol, ni en las entrañas de la tierra, ni en el fondo de las aguas.

No puede exigirse del amigo que no tenga secretos para nosotros. Eso de tener abierto el corazón para otro, pertenece exclu-

sivamente al amor, que tiene mucho de loco, por cuanto suele ser pasión extremada.

Me basta que el amigo me confie aquellos secretos que yo necesito conocer, y en la parte únicamente que debo saberlos; y sobre todo, aquellos que pueden ponerme en situación de serle útil.

El que cansa al amigo, el que abusa de la amistad, obra tan neciamente como el que malrota su tesoro. No hay acero por bien templado que esté, que resista siempre á un uso violento. Y no se diga que la verdadera amistad no fenecce sino con la vida; porque hay que tener presente que somos hombres al fin, y de barro quebradizo formados.

¿Ni quién puede asegurar que ha encontrado un verdadero amigo, un amigo á toda prueba?

Pues si yo tengo uno en quien hallo apoyo y ayuda en las necesidades, ¿no sería muy insensato en exponerme á perder su amistad por exigir demasiado de ella?

Además, si yo me hago carga insoportable para mi amigo, obro con más egoísmo que amistad, y soy el primero que á ella falto.

Si uno toma parte en mis alegrías, y llora conmigo cuando yo lloro, y me consuela cuando sufro, y me aconseja bien cuando tengo la mente turbada, y me tiende mano generosa cuando experimento algún revés, y lleva con paciencia mis flaquezas y mis defectos, y me procura buena fama en todas partes, ¿qué he de hacer sino creer que poseo al amigo-tesoro, y procurar conservarle, empezando por ser yo para él tan bueno como lo es para mí?

Muchos *amigos* se encuentran en el mundo. Así se llama comunmente á los que suelen ir juntos, y se participan sus secretos, y se prestan dinero ó se regalan mutuamente con blandas y halagüeñas palabras.

N., tiene amigos que son capaces de correr todo un día por proporcionarle una satisfacción; los tiene que le darían todo su dinero si lo necesitase; tiene uno que, además de todo eso, no dudaría en exponer su vida por él. En la amistad hay gradaciones como en las demás cosas; pero no hay duda que todos esos son buenos amigos, y es cordura conservarlos y amarlos, cada uno por lo que vale.

X, tiene un amigo, muchos amigos que le acompañan en la mesa, y están siempre dispuestos á..... pedirle prestado dinero, ó un caballo, ó su palco; los tiene que parten con él sus propios placeres, y se engolfan en los mismos vicios; los tiene que pondrían en su mano la espada, después de haber arreglado las condiciones, para que se bata en duelo..... ¿Son amigos esos tales? Sí; amigos de esos que nos vuelven la espalda, y son nuestros primeros detractores cuando se eclipsa nuestra fortuna.

Las amistades humanas, con rarísimas excepciones, son, como ha dicho Aparisi y Guijarro, cañas quebradizas. Mientras se es jóven y se anda con la cabeza erguida y el pie firme (esto es, mientras se es dichoso) la caña le servirá; pero cuando los años le encorven y la planta vacile (esto es, cuando sea desgraciado), ¡ya se ve, cómo ha de apoyarse en ella!..... ella se dobla y se quiebra, dejándole su mano ensangrentada.

No es cuerdo hacer dádivas y otorgar mercedes con el único objeto de allegar amigos, porque las buenas obras deben tener siempre un fin más elevado, y que no se refiera á uno mismo, sino á Dios, autor de todo bien; pero no es censurable, y aun tengo por natural, que como fin secundario, se espere allegar alguna amistad en cambio del bien que se hace.

Mas nadie se pegue mucho á esa esperanza, porque casi siempre quedaría burlado. Los beneficios que se derraman suelen crear golosos; muchas veces, ingratos; en algunas ocasiones, enemigos..... Por eso se ha dicho que quien busca en las buenas obras otra recompensa que la que Dios tiene ofrecida, es como el que siembra en el mar.

Al amigo no se le busca; se le encuentra.

Sucede en la amistad lo mismo que en el amor, que los que se abandonan á tan extremada confianza, que no se ocultan ni lo que es grosero, espantan el sentimiento que les une. Como que el amor y la amistad son dos sentimientos sublimes, y no se compadecen bien con lo inmundo, al paso que el pudor y la delicadeza les hace crecer como la planta en la tierra que ama.

Si en el amor es necesario buena correspondencia para que subsista, todavía es más necesaria en la amistad.

En efecto, por delicados que seamos en el amor, perdonamos en él más faltas que en la amistad.

Además, el amor vive de sí propio, y suele alimentarse de lo mismo que al parecer debiera matarlo: los caprichos, los rigores, los desdenes, y hasta los mismos celos le avivan casi siempre. Pero la amistad necesita auxilio y no estímulo; fenece por falta de cuidados, de confianza y de complacencia.

En cambio, los años, que debilitan el amor, fortalecen la amistad.

Se han visto casos de amistad íntima, grande, inquebrantable, resistente al tiempo y á los encontrados intereses; pero solo entre hombres. Entre mujeres nunca es completa la amistad: siempre existen mutuas reservas, y es tan quebradiza, que la cosa más trivial puede romperla y trocarla en ódio. La razón es que entre dos mujeres, siquiera sean hermanas, media siempre un principio de rivalidad.

Reconozco en la mujer más abnegación que en el hombre; pero esto se entiende respecto de los hijos, de los padres, del esposo, de los desgraciados; mas en el comercio de la amistad es sin disputa más elevado el corazón del hombre.

No todas las amistades, aun siendo verdaderas, son de una misma naturaleza.

La amistad entre dos hombres de una misma edad y condición, exige plena confianza en uno y otro. Entre personas cuyas edades se diferencien mucho, es necesario que el más jóven no traspase jamás los límites del respeto, y el más viejo no abuse nunca de la superioridad que lleva al otro. Entre dos de distintas condiciones sociales, es indispensable, por parte de una y otra, tan exquisita delicadeza en el trato, que tengo para mí que han de ser rarísimas en el mundo las amistades de esa clase.

Por último, no es imposible, ni mucho menos, la amistad entre personas de distinto sexo, sin mezcla de sentimientos groseros; pero amistad que—salvo ciertos momentos de expansión involuntaria cuando el corazón experimenta alguna alegría ó alguna angustia extremada—se ve contenida dentro de ciertos límites; porque la mujer ve siempre al hombre en el hombre, y éste mira siempre á la mujer en la mujer. Sin embargo, todavía tiene más confianza la mujer en el amigo que en la amiga.

La amistad es de todo punto necesaria al hombre, porque fué criado para vivir en sociedad; y aunque la amistad verdadera es

cosa muy rara, la ilusión que cada uno se hace de que posee amigos verdaderos, suple en cierto modo á la realidad; y aunque no pocas veces sufre en esta parte amargos desengaños, la vida va discurriendo entre desengaños é ilusiones, y, por fortuna, nunca es bastante larga para que el corazón tenga tiempo de secarse por completo en un frío escepticismo.

IV.

EL AMOR.

Dios formó á la mujer de una costilla del hombre, é hizo decir á Adán: «Esta es hueso de mis huesos y carne de mi carne; y por tanto el hombre dejará á su padre y á su madre por la mujer.»

La mujer es, pues, el complemento del ser del hombre, y por eso la ama con amor al cual ningún otro se asemeja.

Dios hizo al hombre capaz de amarle, y ese amor es el fin y la recompensa del hombre, le impuso por precepto la caridad con el prójimo, y encarnó en su corazón el amor á la mujer.

El amor de Dios es sobrenatural; el amor al prójimo es racional; el amor á la mujer es inclinación natural irresistible que parte á la vez del alma y de la sangre.

Bien ordenado el amor del hombre y la mujer, da santidad y felicidad. Cuando se aparta de la ordenación divina, no es verdaderamente amor, sino apetito: pura concupiscencia.

No hay en lo humano cosa más difícil que mantener la pureza en el amor; porque en ese comercio no sólo toma parte el alma, sino muy principalmente la carne, que además de su natural inclinación, es de suyo débil y miserable.

Hay que luchar, pues, con un enemigo doméstico que no podemos arrojar de nuestra casa. ¡Cuán difícil es tener una hoguera siempre encendida en nuestro aposento y evitar el incendio! Pero con la ayuda de Dios todo es posible, y más que posible, fácil.

Mézclanse en el amor, más que en cosa alguna, esa multitud de sentimientos y vanidades de que está plagada la naturaleza

humana, y lo desvirtúan en tales términos, que, aun sin llegar á su completa corrupción, apenas puede reconocerse en él su verdadero origen.

¡Son tan distintos los temperamentos y las educaciones! ¡Son tan diversas las situaciones y las historias! Ya se ve; cada uno piensa y siente según su naturaleza física, según lo que le han enseñado, según las circunstancias que le rodean, y según los acontecimientos de su vida pasada.

Hay que considerar, pues, al ocuparse en estudios sobre el amor cosas que son permanentes y comunes á todos, y cosas que son accidentales y singulares.

Cree La Bruyère que sólo una vez se ama bien, y es la primera, pues que los amores sucesivos son menos involuntarios. Sospecho que en esto se equivoca aquel profundo pensador: los primeros amores suelen ser más de imaginación que de corazón.

Sólo una vez se ama bien: estoy conforme en esta parte, pero es cuando se ha llegado á encontrar la mujer cuya hermosura moral sabe prendernos de una manera definitiva. Mejor diría yo que sólo se ama bien la última vez; porque después de un amor verdadero, cuyo objeto murió ó mató nuestro corazón, con horrible desengaño, ¿ya qué puede sentir el hombre, como no sea apetito de placeres, vanidad que busca satisfacciones ó aburrimiento que se quiere desterrar aturdiendo el espíritu en distracciones tormentosas? Hay vacíos que no se pueden llenar ya después de producidos.

La primera impresión del amor se recibe generalmente por los ojos.

Confesemos que una mujer hermosa, vestida—no es necesario el lujo—con gracia y buen gusto, deleita la vista y acelera los latidos del corazón. Si su tipo, su estatura, el color de sus ojos, de sus cabellos y de su cutis, y sus demás cualidades físicas son las que preferimos; en una palabra, si realiza aproximadamente el ser ideal que creó nuestra fantasía en sus ensueños de amor abstracto, es bien cierto que comenzamos á amar á esa mujer.

No hay que engañarse, sin embargo: esa no es más que la predisposición al amor. Después la hablamos, la tratamos, y si el corazón no simpatiza con sus prendas morales, como los ojos simpatizaron con las físicas, de seguro no vendrá el amor verda-

dero; y, cuando más, quedará allí un poco de apetito, que es la parte más baja del amor.

Mucho vale la hermosura; gran recomendación es para enamorar; mas por sí sola no aprisionará mucho tiempo al hombre; porque no hay flor que á la hora de mirarla no canse verla.

Las gracias morales, por el contrario, como prenden el alma, engéndrase un amor inmortal.

Por eso, si una mujer fea consigue ser amada, esté segura de que ha inspirado una pasión muy profunda.

La belleza moral, para el amor, no es absoluta, sino relativa á las cualidades, al talento, á la educación y á las costumbres del amante.

Quien hay que se enamora de un corazón tímido y tierno; quien de un alma altiva, severa y varonil.

También son distintos los móviles del corazón de la mujer de los del corazón del hombre.

La pasión de aquella aumenta en razón de los favores que concede á su amante. Por el contrario, el amor del hombre se enfria á medida que su amada se le entrega. El día que ya nada le queda que desear, después de embriagarse un corto tiempo en el triunfo y en el placer, se apaga el fuego que ardía en su pecho.

Hé aquí una nueva razón que tiene la mujer, además del temor de Dios y de las convulsiones de la conciencia que sucumbe y los suspiros del pudor que huye, para ser prudente. Si quiere tener siempre al amante á sus pies, no le conceda jamás ninguno de esos favores que no pueden dispensarse en público. Si por eso la abandona, felicítese por ello, pues el tal amante no la amaba, y sólo sentía por ella una de esas pasiones que «nacen de las impurezas de la sangre, y no pasan de la epidermis de la mujer codiciada (1).»

No auguro bien de amor que empieza por mostrarse pasión violenta, porque ese incendio voraz pasa pronto, y sólo deja en pos de sí cenizas en el corazón. Después de esas borrascas amorosas, que bien pueden compararse á las tempestades de verano, llegados los amantes á la ruptura, ella echa la culpa al hombre,

(1) Aparisi y Guijarro.

acusándole de inconsecuente; y él á la mujer, lamentando la ligereza de su corazón. La verdad es que no puede averiguarse fácilmente quién de los dos ha contribuido más á la extinción del amor.

Amarse demasiado es casi siempre causa de que concluya el amor, porque los celos, las ingratitudes, los desdenes y hasta las infidelidades, no son siempre alicientes que avivan la llama, haciéndola cada vez más intensa. Cuando más, un desengaño llena el corazón de melancolía ó de desesperación; pero cabalmente esas pasiones del ánimo son hijas del amor que subsiste pegado al alma.

La coqueta tiene siempre sujeto y solícito á su amante, porque éste vive siempre receloso y temiendo á cada paso que acabe de escapársele la que ama.

Este fenómeno se explica perfectamente por lo que indicamos antes, á saber: pasión satisfecha muere á poco tiempo.

Pero hará bien la mujer en no recurrir á la coquetería para hacerse amar, pues que la virtud produce el mismo resultado, y es gran belleza del alma, mientras la coquetería es prostitución de espíritu.

Tres cosas hay que avivan el ingenio de las más limitadas capacidades: la malignidad, la necesidad y el amor. Si alguno de esos tres despertadores no infunden ingenio á quien lo siente, decid de él sin empacho que la naturaleza lo hizo tonto rematado. Compónese el amor de dos elementos: simpatía y aprecio. Después de atraídos mutuamente por la primera los dos amantes, ha de venir el segundo á hacer indisoluble el amor. La pasión que hace al amor ardiente semejante á una hoguera es obra de la materia: la inclinación natural de la carne. Hay ocasiones en que esta inclinación ha sido el principio del amor, confundándose con la simpatía, pero sin la confirmación del aprecio, la tal pasión no pasará de concupiscencia.

La hoguera pasa con la satisfacción del apetito y con el tiempo; mas si queda el aprecio, si ninguno de los dos ha tenido la desgracia ó la inhabilidad de perder el del otro, el amor subsiste hasta la muerte, y más profundo si menos violento. Hé aquí el secreto de los matrimonios felices.

Al cabo de algún tiempo de posesión desaparecen á los ojos

del hombre los encantos de la hermosura, y la fea pierde su fealdad; pero la belleza del alma no se pierde nunca, y de continuo ostenta nuevas gracias.

Por eso son más sólidos y duraderos los amores que se fundan en el aprecio que los que encienden las impresiones de los sentidos.

Para que el hombre aprecie á la mujer se necesita principalmente que ésta sea discreta, que se haga amar y respetar de todos, que no descuide ninguna de sus obligaciones, y que respaldanza siempre en ella un corazón lleno de bondad y de misericordia.

El hombre, si no ha recibido del cielo un gran talento, debe suplirlo con la prudencia; ha de cuidar de que jamás tenga que avergonzarse la mujer en su marido; ha de ocultarle cuidadosamente sus miserias, si las tiene, y mejor hará en corregirlas; y, por último, se ha de mostrar hombre en todas ocasiones, sin despojarse jamás de la dignidad de tal, ni aun por complacencia para con la mujer.

La que pretende dominar á su marido se ama á sí propia más que á él, y sólo consigue uno de estos dos resultados: hacerse aborrecible á su esposo, si no es hombre que deja hollar su dignidad, ó hacerle á él despreciable á los ojos de la sociedad, si es tan miserable que se deja dominar por la mujer.

En el primer caso, esta acabará por enagenarse el aprecio del hombre; en el segundo acabará ella por despreciar á su marido.

Si la mujer quiere reinar en el corazón de su esposo, sea, como se ha dicho, discreta, digna, dulce y caritativa, y además humilde con su marido. Este, siendo hombre de corazón, la pondrá sobre su cabeza, porque ella es su corona. Si no es hombre de corazón..... ¿Qué puede su mujer prometerse de él, de una ó de otra suerte? Nada. Tiene que resignarse al martirio, y esperar la felicidad en el cielo.

Fácil es borrar del corazón y de la memoria la imagen de una mujer indigna de nuestro amor; con frecuencia se ha visto á un hombre sacrificar su fortuna, su gloria y hasta su vida á las exigencias de la razón; pero ¿cómo podría un hombre arrancar de su alma el amor de una mujer digna de él? Ese amor forma ya parte del alma.

Cuando veo á un hombre y á una mujer solos ó muy separados de los demás, que apenas aciertan á hablarse y dan muestras de cortedad, creo que empiezan ó que están concluyendo de amarse, porque ese embarazo es común á los dos períodos.

Lo mismo cuando sospechamos ó tememos alguna infidelidad de la persona amada, que cuando experimentamos el dolor de una perfidia evidente, se dice que tenemos celos. Esto me parece absurdo, porque hay inmensa diferencia entre uno y otro caso. A la sospecha infundada, al temor de que se nos hiera en la fibra más delicada del corazón, llámese celos enhorabuena, porque de celo proceden; pero el sentimiento que nos causa la certeza de una infidelidad real, bien merece el nombre de indignación.

Suele decirse que es imposible amar y no ser celoso; y yo soy de esa misma opinión.

El que ama mira en su amada un tesoro, objeto de su avaricia, por decirlo así; y el avaro ya se sabe que no vive ni sosiega, temeroso de que le roben su tesoro, siquiera le tenga encerrado en arcas de hierro y en segura fortaleza.

No ofende el celoso, sólo por serlo, la virtud de su amada; que los celos son en realidad las delicadezas del amor, y amor grande sin celos es una solemne paradoja.

Sin embargo, los celos nacen muchas veces del temperamento ó de la vanidad, y no del amor.

Cuando la manía celosa está en la naturaleza del hombre ó de la mujer, no hay remedio: sus relaciones tienen que ser un martirio para los dos, mientras duren, y que acaban por cansancio, no del celoso, sino del que es objeto de los celos.

Cuando ese sentimiento es natural y común á los dos amantes, están condenados á amarse siempre y á hacerse mutuamente infelices, hasta que mueren tísicos, ó se vuelven locos.

Los celosos por puro amor no se causan fatiga, sino que se aman cada día más por virtud de esos mismos celos. ¡Es tan dulce para dos amantes hacer las paces, que bien merece ese placer, casi inefable, la pena de regañar veinte veces al día!

En las horas de aislamiento, en sus solitarios insomnios experimenta el amante cierto placer en atormentar su corazón forjándose quimeras contra la fidelidad de su amada, sobre todo cuando tiene la certeza de su amor. El suyo crece y se aviva en

este tormento imaginario, y al día siguiente encuentra más hermosa, más dulce y más amable á su adorada.

Clotilde, en pie detrás del piano, absorbe la atención de esa multitud de personas que se han reunido á pasar la noche agradablemente. Los ojos no se hartan de admirar su belleza y el buen gusto de su tocado y vestidos, ni los oídos de extasiarse en los delicados sonidos de su voz melodiosa. El rostro de la joven se anima, sus ojos se alumbran con nueva luz, y su hermosura adquiere mayor encanto bajo su inspiración de artista.

Calla y suenan estrepitosos aplausos, y un largo murmullo se extiende por todos los ángulos del anchuroso salón. Las mujeres alaban su canto, mientras en secreto envidian por ventura su belleza y su talento; los hombres celebran con calor su talento y su hermosura..... Acaso encuentran en esta última cualidad el realce de la primera.

Buena ocasión para Clotilde de hacerse amar de los hombres, de prender en su red una docena de pretendientes, y escoger después.

Pero si ya tiene amante, ¡qué tormento para éste ver á su bella objeto de todas las miradas y de todas las alabanzas. Precisamente en amor, los encantos de la mujer son más preciosos cuando sólo son para el amante, y nadie puede hacer otra cosa que adivinarlos de lejos.

Decididamente los triunfos artísticos y el amor son incompatibles. Desde que una mujer entrega su corazón, ya no puede pertenecer más que á uno solo; y, si no es coqueta, la vanidad desalojó su corazón en cuanto el amor se posesionó de él.

¡Ay! Como dijimos de la amistad verdadera, decimos de un verdadero amor: es bastante raro en el mundo.

Gracias á que el matrimonio se echa encima de los amantes, y los une con lazo indisoluble, que si no, se vería que apenas existe un corazón capaz de amar toda su vida á un mismo objeto.

Se vería que dejamos de amar con la misma facilidad con que nos consolamos de una pena, lo cual consiste en que no hay elementos en el corazón humano para llorar siempre, ni para amar siempre.

El matrimonio, por ser indisoluble, hace que busquemos la felicidad en nuestra obligada situación; el cambio de costumbres

nos evita peligros, y los hijos comunes estrechan el lazo y lo embellecen. La gracia que recibimos en el Sacramento, obra lo demás.

Dos son los móviles principales de todos nuestros pensamientos, palabras y obras; ó en otros términos, las leyes morales que rigen la vida humana: el amor y el interés.

El amor es de precepto divino; el interés responde á las necesidades materiales.

Bien ordenado el amor, es santo.

Bien ordenado el interés, es útil y lícito.

El primero es la poesía de la vida, y por tanto engrandece el corazón y embellece el alma: hace héroes. El segundo, estimulando el entendimiento del hombre, produce los descubrimientos y adelantos en ciencias, artes y oficios de utilidad pública.

El amor y el interés viven casi siempre en pugna, y se libran con frecuencia rudas batallas; y como el número de los corazones miserables es superior al de los corazones elevados, resulta que las más de las veces lleva la victoria el interés. ¡Vergüenza causa decirlo! pero ¿qué le hemos de hacer si es la verdad?

El amor corrompido, el falso amor, es origen de muchos males; pero aún son mayores los que produce el interés sórdido ó excesivo.

Todos los males son condenables, pero son aún más aborrecibles los que vienen de un vil interés.

El amor es, á la postre, el más noble de los sentimientos que pueden brotar del corazón humano: es el primogénito del alma; y si es extremado ó por demás impetuoso, aun en la sensualidad, significa exceso de vida, abundancia de corazón.....

Esto, sin embargo, no es aprobar ni disculpar los extravíos del amor, sino explicarlos.

JUAN A. ALMELA.